

CUADERNOS ESIN



6

SOCIEDAD

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE

EDICIONES INC

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE.

I.N.C.

Wijnhaven 25, 2e.verd.

3011 WH Rotterdam.

NEDERLAND.-

CUADERNOS ESIN

CARLOS OMINAMI, economista con estudios de post grado en la Universidad de París, investigador del Centro Nacional para la Investigación Científica de París.

AUGUSTO SAMANIEGO, historiador con estudios de post grado en la Universidad de París, investigador y docente en el Instituto de Historia Contemporánea de la Universidad de Amsterdam, Países Bajos.

HORACIO A. SORMANI, economista con estudios de post grado en el Instituto de Ciencias Sociales de La Haya, fué docente en las Universidades del Nordeste y del Litoral, Argentina y Nacional de Asunción, Paraguay.

SERGIO SPOERER, cientista político, doctor en la Universidad de París, consultor de UNESCO e investigador del Centro Católico contra el Hambre y por el Desarrollo (CCFD), París.

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE

CHILE: EL NUEVO ESCENARIO ECONOMICO Y ALGUNAS
DE SUS PRINCIPALES DERIVACIONES POLITICAS.

Carlos Ominami

Un alcance previo.

No se requiere, es cierto, una gran agudeza para percibir que la economía constituye un terreno privilegiado de la lucha política. Los debates en los grandes foros, la información que difunden los medios de comunicación y en definitiva, las conversaciones cotidianas entre el común de los mortales, hacen aparecer el conflicto entre los intereses económicos de unos y de otros en el centro de la discusión.

Si todo invita a descartar de plano el supuesto de neutralidad de la ciencia económica, conviene igualmente tomar la distancia necesaria con aquellas posiciones de acuerdo a las cuales la política sería, según la fórmula consagrada, la "expresión concentrada de la economía".

A fin de cuentas, tanto la política como la propia economía resultan perdedoras al aceptarse esta concepción estrecha, tan característica de un marxismo primario, de la naturaleza de las relaciones que median entre ambas esferas.

Vaciada de sus determinaciones ideológicas y culturales, la política se convierte en una entelequia finalmente incomprensible, puesto que la subjetividad o las representaciones de sí mismos de los diversos actores sociales pueden no necesariamente coincidir con sus intereses objetivos, a suponer que estos últimos puedan ser identificados en la forma pura y precisa que algunos sostienen. Asimismo, una

tal concepción ha igualmente alimentado una tradición de economía literaria que al desconocer la especificidad y por que no decirlo, cierta sutileza de los mecanismos económicos, resulta ampliamente estéril, como en más de una oportunidad ha quedado de manifiesto, cuando sus sostenedores se han visto confrontados a la obligación de tomar decisiones en el plano de la política económica concreta.

Valgan pues estas consideraciones, si bien no sea para explicitar el sentido general de la exposición que sigue. Ella busca precisar lo que nos parecen ser las principales derivaciones de interés más propiamente político de estos ocho años de gestión económica militar. En esta perspectiva, comenzaremos con una caracterización somera de las transformaciones económicas verificadas en el período (I), seguida de un análisis de los resultados esenciales obtenidos (II), para desembocar finalmente en el enunciado de las conclusiones políticas pertinentes (III).

Razones de espacio hacen imposible una explicación mínimamente exhaustiva del conjunto de aspectos en debate, así como la utilización de materiales estadísticos. Es por ello además que una presentación que, somos conscientes, a más de alguno podrá resultar esquemática, nos ha resultado inevitable.

I.- Hacia una nueva modalidad de Regulación Económica,

El carácter manifiestamente múltiple de las transformaciones a que ha sido sometida la economía chilena en el período del gobierno militar plantea con fuerza la necesidad de una conceptualización susceptible de organizar coherentemente lo que en la realidad tiende a aparecer como un conjunto abigarrado de modificaciones sucesivamente juxtapuestas. Se trata, en otros términos, de definir la lógica económica dominante de un proceso que muchos no vacilan en presentar como una verdadera revolución capitalista.

Modelo ultra-liberal, capitalismo financiero, crecimiento hacia afuera, nuevo modelo de acumulación, etc., constituyen algunas de las expresiones a través de las cuales diversos autores han intentado caracterizar el proceso de revolucionarización capitalista de la economía nacional. Reconociendo la dosis de verdad que encierran esas y otras fórmulas corrientemente empleadas, nuestro análisis presenta sin embargo divergencias que arrancan de un enfoque metodológico en más de un sentido diferente.

En efecto, postulamos la existencia en un sistema económico dado de dos grandes niveles: uno constituido por el conjunto de formas institucionales instituidas en el cuadro de una determinada configuración de las relaciones sociales y de la correlación de fuerzas en presencia. La institucionalidad económica así creada que designaremos a través

del concepto modalidad de regulación, constituye el cuadro general al interior del cual se sitúa el accionar de la economía, toda vez que él determina las formas que adquieren los ajustes entre sus principales variables. El otro, hace en cambio referencia a un modo específico de asignación del excedente, capaz de asegurar durante un período prolongado una relativa adecuación entre las transformaciones de las condiciones de producción y las transformaciones de las condiciones del consumo. Es este segundo nivel el que en propiedad puede ser definido como régimen de acumulación.

Remitida al estudio del proceso económico chileno, la distinción precedente, resulta a nuestro juicio altamente pertinente puesto que, como se intentará mostrarlo, los resultados de la gestión militar exhiben un cierto desfase entre la radicalidad de las transformaciones de la institucionalidad económica y la dificultad con que se ha encontrado el proyecto de poner en marcha un régimen de acumulación sustancialmente diferente de aquél que se había venido imponiendo desde los años próximos a la Gran Depresión.

Lo anterior invita así a la cautela en el empleo de expresiones tales como crecimiento hacia afuera o nuevo modelo de acumulación en la medida en que ellos designan, mucho más un propósito del régimen que una realidad plenamente configurada. A este respecto, conviene tener presente que luego de ocho años, el rol crucial del mercado interno no ha sido globalmente modificado; alrededor de 80% de los recursos de la economía continúan, en efecto, siendo destinados a actividades que le están directamente asociadas. No obstante cambios importantes en su estructura, las exportaciones continúan así representando una parte del producto sensiblemente semejante a la que existió tradicionalmente en el pasado. No ha habido pues, contrariamente a lo que muchos discursos sostienen, una extensión masiva hacia el exterior del espacio de validación social de la actividad productiva nacional.

Por otra parte y con todo lo significativo que de hecho es la emergencia de un sólido núcleo de capital financiero articulado en torno a una veintena de grandes grupos, se trata aquí de la identificación de un actor, sin dudas clave del proceso, elemento que no debe ser confundido con la lógica misma que lo impulsa en uno u otro sentido. El hecho bien conocido de los economistas, que la existencia de grupos de corte monopolístico constituye una condición necesaria pero no suficiente a la conformación macroeconómica de una regulación monopolista, es ilustrativo de la diferencia que debe hacerse entre una estructura y su forma específica de funcionamiento.

En fin, como hemos tenido ocasión de argumentarlo en otra oportunidad(2), la noción de modelo liberal aplicada al caso chileno, releva sobre todo del discurso ideológico do-

minante, el cual se enfrenta en la práctica concreta de la economía a no pocas contradicciones y ambigüedades.

Así, caracterizar el proceso llevado a cabo con posterioridad a septiembre 1973 a partir de las modificaciones de la institucionalidad económica y la consecuente redefinición de las formas de ajuste entre las principales variables que ellas implican, nos parece, tanto más adecuado cuanto que es en ese terreno en donde se sitúan los cambios más contundentes. En esencia, se trata de la ruptura de la modalidad de regulación monopolista(3) anterior y de su remplazo por otra que busca desatar las fuerzas de la competencia tanto en el mercado de bienes como en el mercado de factores. Concretamente, la nueva regulación que se intenta instaurar comporta:

10.- La desestatización de la mayor parte de las actividades susceptibles de interesar al sector privado, tendencia que se ha venido desarrollando aceleradamente y que dada la enorme concentración tanto de tierras como de activos industriales y bancarios realizada especialmente en el período anterior, ha permitido la rápida constitución de un núcleo hegemónico de capital financiero. Al extenderse, en el período más reciente, hacia sectores tales como la previsión, la educación y la salud se busca a través de este expediente ampliar de manera significativa el espacio de acción sometido al dominio del capital.

20.- La liberalización de la mayor parte de los precios, luego de la abolición de las diversas prerrogativas que otorgaban al Estado la facultad de fijar y controlar administrativamente el nivel de los precios en particular de aquellos bienes de consumo básico, suprimiéndose además los subsidios de que beneficiaban tales bienes. Medida clave del dispositivo económico puesto en marcha por las nuevas autoridades, la liberación de los precios constituye una condición primera de un sistema de regulación en el cual exclusivamente el libre juego de las fuerzas de mercado, se supone, debe orientar hacia el óptimo el comportamiento de los diversos agentes, sean estos productores o consumidores.

30.- La introducción de la competencia extranjera en virtud del desmantelamiento del andamiaje proteccionista en que se apoyaba la agricultura y muy especialmente la industria nacional. Como se sabe, las barreras arancelarias inicialmente impuestas a fin de permitir el despegue de la industria nacional naciente, se habían convertido progresivamente en un rasgo estructural del funcionamiento del sector, de manera que hacia el fin de los años 1960, las tarifas aduaneras podían alcanzar el 100% o más del valor de las mercancías importadas.

La nueva política económica procede, en este plano, a

una rápida reducción del nivel de protección efectiva, imponiendo para ello, desde mediados de 1979, luego de sucesivas disminuciones en los años anteriores, un arancel uniforme del 10%. Son igualmente eliminadas las restricciones no arancelarias del tipo de los depósitos previos y de las cuotas de importación.

40.- La creación de condiciones concurrenciales en el mercado de trabajo, proceso cuyos aspectos principales son, por una parte, la configuración, quizás por primera vez en Chile, de un verdadero ejército industrial de reserva, constituido por un elevado número de desempleados que a diferencia de los sectores propiamente marginales, dada una cierta calificación profesional, son susceptibles de presionar sobre el nivel salarial de los activos. Por la otra, la definición de una nueva institucionalidad laboral la cual, junto con limitar seriamente el derecho de huelga, restringe al marco estricto de la empresa las negociaciones salariales impidiendo por lo tanto la existencia de mecanismos de nivelación al interior de una misma rama entre los salarios pagados en las distintas empresas. De esta forma, dado un nivel de cesantía que al incluir a los trabajadores organizados en el Programa del Empleo Mínimo, bordea el 20%, las disposiciones contempladas en el Plan Laboral, complementado por la reciente Ley 18018, en cuanto suprimen la inamovilidad laboral y autorizan al empresario, en caso de conflicto, sea a contratar personal exterior, sea a proceder al look-out, crean objetivamente las condiciones para el desarrollo de formas de competencia entre los asalariados, virtualmente inexistentes bajo la legislación laboral anterior.

50.- El tratamiento no discriminatorio al capital de acuerdo a su proveniencia, establecido a través del Decreto Ley No. 600 que al otorgar grandes ventajas al capital extranjero resta en definitiva toda significación real al origen exterior o doméstico del capital. La nueva regulación busca crear así un espacio enteramente abierto a la circulación de capitales; de la misma manera que las mercancías provenientes del mercado internacional entran a competir con aquellas producidas nacionalmente, los capitales extranjeros encuentran en Chile una institucionalidad que les posibilita por una parte, el acceso y modalidades de utilización de los factores y, por la otra, formas de realización de las mercancías en condiciones que les aseguran una amplia competencia con los capitales nacionales.

60.- El desarrollo de estímulos preferenciales a las exportaciones consistentes en franquicias tributarias tales como la devolución del Impuesto al Valor Agregado, y arancelarias a través de la liberación total de derechos de importación para los insumos que intervienen en la producción de mercancías exportadas, a los cuales naturalmente se agregan los efectos de la sustancial devaluación inicial de la tasa de cambio.

70.- Un nuevo tipo de reproducción del equivalente general de acuerdo al cual la creación monetaria queda fundamentalmente determinada por el movimiento de la balanza de pagos. En efecto, al eliminar el crédito al sector público como fuente principal de la expansión monetaria, ésta será de ahora en adelante determinada por el mayor o menor ritmo con que se desarrolla el ingreso al país de recursos monetarios externos que el Banco Central debe convertir a moneda nacional.

Esta nueva modalidad de gestión monetaria ha pues significado una ruptura radical respecto de aquella prevalente bajo la regulación anterior, caracterizada por una total subordinación de la política monetaria a la política fiscal. La así llamada neutralidad de la política monetaria, impide de esta forma el recurso sistemático por parte del Estado a las prácticas keynesianas de gestión de la demanda social propias a la regulación monopólica clásica.

Que se trate de las modalidades de inserción a la economía mundial, de los mecanismos de formación de los precios, de las formas de reproducción de la fuerza de trabajo, de la gestión monetaria o del rol del Estado, una nueva lógica organiza el funcionamiento económico; por oposición a las características del desarrollo posterior a la Gran Crisis, el fenómeno de la concurrencia adquiere un rol relevante en ciertos mercados de la economía nacional.

Conviene sin embargo insistir en el hecho que la concurrencia no se impone en el conjunto de los mercados y que en aquellos en donde alcanza cierta significación, subsisten imperfecciones mayores.

En primer lugar, el peso cuantitativo y cualitativo que representan dos grandes actores, por un lado el Estado y por el otro los grandes grupos económicos, desautoriza la imagen del regreso al mundo idílico de un sistema perfectamente concurrencial en el cual compiten una multitud de pequeños productores que disponen de un poder de decisión comparable. Por el contrario, en las condiciones actuales de la economía chilena, el Estado, no obstante la privatización de numerosos activos públicos y la renuncia a intervenir en la definición de algunos parámetros claves, controla todavía los principales ingresos del país y en particular la principal industria de exportación, el cobre, que como se sabe, no ha sido desnacionalizada. Asimismo y vulnerando un postulado esencial de la doctrina de la cual explícitamente se reclaman las nuevas autoridades económicas, el Estado continúa interviniendo directamente en la determinación de una variable tan central como la paridad cambiaria.

En el mismo orden de ideas, cabe destacar la influen-

cia alcanzada por una veintena de grandes grupos implantados en los más diversos sectores de actividad, cuyo poder de decisión no admite comparación con el de la masa de empresas medianas y pequeñas, en particular, en razón de su acceso privilegiado al crédito internacional y de su dominio sobre el sistema financiero nacional.

Si de hecho la concurrencia extranjera impone un freno a las tendencias monopólicas que emanan del elevado grado de concentración y centralización que exhibe el aparato productivo nacional, su influencia resulta empero limitada por factores de orden técnico-económico que hacen definitivamente imposible su presencia en todos los mercados. Así, grandes segmentos de la oferta de bienes de consumo corriente de origen industrial o agrario están totalmente exentos de la competencia con bienes importados equivalentes. Tal es igualmente el caso de la mayoría de los servicios.

Por otra parte, aunque la nueva institucionalidad económica autoriza y más aún, promueve la concurrencia entre los capitales nacionales y extranjeros, la escasa significación del mercado chileno ha desincentivado el ingreso de un volumen substancial de inversiones directas al país. En este plano entonces, excepción hecha del sector minero que presenta atractivos para las grandes firmas multinacionales (4), en lo fundamental la concurrencia queda circunscrita a capitales nacionales altamente concentrados.

En fin, el mercado de factores, a pesar de la ofensiva sistemática del régimen contra los asalariados, subsisten en lo que en rigor puede denominarse el sector formal de la economía, rigideces que obstaculizan una gestión plenamente concurrencial de la fuerza de trabajo. Tal es centralmente el caso de las normas legales, que a diferencia incluso de algunas economías capitalistas desarrolladas, establecen una base mínima de negociación salarial a partir de la progresión del costo de la vida. Situación que ciertamente contrasta con la existencia en esa amplia masa que constituye el sector informal cuya precariedad ha paradójicamente obligado a aumentar substancialmente los gastos asistenciales del Estado.

II.- Los principales resultados.

Muy sintéticamente presentados estos nos parecen ser:

10.- El deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de la población, resultado al cual convergen la política de compresión salarial, la mantención de una elevada tasa de cesantía y la enorme expansión del así llamado sector informal de la economía. De esta forma y de acuerdo a las propias cifras oficiales (INE, encuesta de presupuestos familiares) se ha comprobado que todavía hacia 1978, tanto el 20 como el 40 e incluso el 60% de la población consumía menos que en 1969, en una proporción equivalente al aumento

experimentado por el 20% de los hogares de mayores recursos.

2o.- La polarización del crecimiento de acuerdo a una doble tendencia. Se trata, por un lado, de un fenómeno general de terciarización de la economía en el sentido de una pérdida de importancia de los sectores productores de bienes en favor del comercio y las finanzas que se convierten en los sectores de actividad de mayor dinamismo. Por otro lado, al interior de la producción de bienes se constata un fenómeno de primarización entendiéndose por ello, la importancia acrecentada de las actividades vinculadas sea a la producción directa, sea a una simple primera transformación de recursos naturales.

3o.- La diversificación del comercio exterior del país, la cual se expresa en modificaciones sustantivas en la composición tanto de las importaciones como de las exportaciones. Así se observa que grandes segmentos de la oferta de bienes de consumo corrientes (en particular trigo y productos textiles) y durable (automóviles y electro-domésticos) corresponden a bienes de origen importado, lo que sumado al encarecimiento generalizado de la factura petrolera ha provocado una expansión sin precedentes del valor global de las importaciones.

Del lado de las exportaciones, se anota por su parte, una disminución significativa de la importancia del cobre de alrededor de 85% a menos de 50% del total de exportaciones, en razón del crecimiento acelerado hasta 1979 de nuevos rubros de exportación de origen industrial y agrario y secundariamente a causa de la baja persistente del precio del metal en el mercado internacional.

4o.- Una estrecha vinculación al capital financiero internacional que se expresa en un endeudamiento externo creciente(5) por parte de los grandes grupos económicos nacionales. Es precisamente en base al flujo masivo de créditos otorgados por la banca privada internacional que ha sido posible impulsar el crecimiento de la economía a partir, como ya se señaló, de un auge espectacular de los sectores comercial y financiero, inducido por el aumento considerable de la capacidad de importación. Concentrado en los grandes grupos (sólo Cruzat-Larraín y Vial deben alrededor de 4.000 millones de dólares) el endeudamiento externo ha sido por otra parte un instrumento fundamental de la consolidación de un núcleo hegemónico del capital financiero en el país.

5o.- La reproducción de una estructura productiva precaria no obstante la profundidad de las transformaciones que han tenido lugar en el funcionamiento general de la economía. El comportamiento mediocre de la tasa de inversión nacional sumado a la escasa afluencia de inversión directa extranjera han de hecho impedido una expansión considerable

del potencial productivo nacional. Conviene sin embargo hacer presente que en función de una cierta racionalización del proceso productivo y la mayor eficiencia de los equipos correspondientes a la inversión de reposición se constata un aumento significativo de los niveles medios de productividad, particularmente perceptible en el caso del sector industrial.

6o.- La destrucción de una fracción del capital humano y físico acumulado a causa por una parte de la persistencia de una elevada tasa de cesantía y la precarización del empleo y por la otra, de la quiebra de numerosas empresas. El sentido de las transformaciones del mercado de trabajo autoriza en efecto a sostener la hipótesis de un proceso general de descalificación de la fuerza de trabajo disponible. De la misma manera, la desaparición de un elevado número de empresas, en particular pequeñas y medianas, se ha de hecho traducido en la inutilización, especialmente de ciertos activos industriales y de la capacidad empresarial a ellos asociadas.

Señalaremos finalmente, que el conjunto de resultados que se viene de enunciar, debe ser situado en el cuadro del proceso general de extraversión que ha sufrido la economía chilena. Incapaz de dinamizar la concurrencia en forma endógena, la gestión militar ha procedido a una apertura indiscriminada hacia el exterior. Este proceso ha alcanzado límites tales, que los dos grandes flujos exteriores -las importaciones y el crédito externo- son a su vez los flujos de mayor cuantía y dinamismo de la economía nacional.

III.- Siete conclusiones políticas.

Del análisis anterior derivan una serie de conclusiones de interés directamente político que a continuación nos proponemos sintetizar.

1o.- La imposibilidad de llevar a cabo una estrategia nacional de desarrollo en el cuadro de la gestión económica actual. Existe en efecto una incompatibilidad fundamental entre la definición/realización de un conjunto de objetivos predeterminados y una filosofía de la economía que hace del mercado el mecanismo exclusivo de optimización de los recursos disponibles. Mientras que la primera supone forzosamente una cierta dosis de voluntarismo, a fin de orientar la marcha del proceso en el sentido previamente definido, la segunda se subordina a las formas necesariamente ex-post que asumen los ajustes inducidos exclusivamente por los automatismos del mercado.

De toda evidencia, la idea de un proyecto nacional de desarrollo no se confunde con la de un desarrollo autárquico ni supone tampoco la existencia de formas de planificación rigurosamente centralizadas. De lo que se trata, en la

situación actual de Chile, es que el ultrancismo que exhiben la mayor parte de las decisiones en materia de comercio, industria y finanzas, ha conducido a una extraversion creciente del sistema, equivalente en los hechos a una delegación de poder por parte de las autoridades en favor de agentes exteriores.

La pugna al interior del bloque dominante entre sectores que buscan inscribirse en una perspectiva nacional y aquellos que juegan un rol activo como agentes de la internacionalización no resulta, en este sentido, irrelevante, máxime cuando ésta parece llamada a profundizar frente a las presiones de los grandes grupos y del propio equipo económico en vistas a la desnacionalización de la Gran Minería del Cobre. La afirmación por parte de la oposición y en particular de la izquierda, de un proyecto nacional coherente resulta, en este contexto, fundamental, si no desea terminar en definitiva a remolque de una de las fracciones del poder existente.

20.- La inconsistencia de la crítica catastrofista de la gestión económica militar, que ha sido la tónica dominante de los discursos de la oposición al régimen. Tanto en la democracia cristiana como en la propia izquierda, se tendió desde un primer momento a considerar el proceso de transformaciones en curso, como una regresión simple y caótica a la economía...del siglo XIX. Allí donde estaba en realidad en marcha una verdadera revolución capitalista, no se vió más que un proceso puramente destructivo cuyo fin no podía ser otro que una catástrofe más o menos inminente.

Sin embargo, contrariamente a las tesis durante mucho tiempo en voga en la oposición, el aparato productivo nacional no ha sido, en lo fundamental destruído, sino que principalmente reestructurado. Es así como, luego del choc de 1975, la economía pudo crecer hasta 1980 a un ritmo acelerado del orden de un 7,3% anual. La "destrucción de la industria nacional", tantas veces proclamada, ha estado asimismo lejos de concretarse. En base a un nuevo tipo de crecimiento, cuyo eje de gravedad se ha desplazado hacia la producción de bienes intermedios, la industria nacional ha conseguido, por el contrario, superar a partir de 1981 los niveles records alcanzados en 1971-1972.

Confrontada a la evolución real de la economía, esa crítica no ha podido más que revelar su inconsistencia. Si su intencionalidad era construir un arma más en el enfrentamiento al régimen, en la práctica, en razón de su desgaste manifiesto, quizás si terminó jugando un rol exactamente opuesto. Esto es, contribuyendo a realzar lo excepcional de la recuperación económica 1976-1980, tropicalmente bautizada por sus opologistas de "milagro económico".

Esa especie de necesidad de catástrofe de que ha hecho

gala la oposición en su conjunto podría, es cierto, explicarse en razón del supuesto que el fracaso económico de la Dictadura debería necesariamente significar su desplome político.

Sin embargo, en los hechos esa concepción o bien suponía ingenuamente que la radicalización de las masas es una función mecánica de su mayor o menor grado de miseria; o bien, que las dificultades económicas agudizarían las contradicciones inter-burguesas y que en ese cuadro la "fracción nacional" aliada a sectores militares, precipitaría el cambio del régimen. En uno u otro caso, estaba de cualquier forma implícita la ilusión que la economía podía lograr aquello que la política había fracasado en obtener.

30.- La emergencia de una nueva burguesía de base financiera, vocación hegemónica y altamente internacionalizada. (6) Organizada en torno a grandes conglomerados que han desplazado a los antiguos grupos de corte familiar, esta burguesía de expansión reciente, constituye en alianza con un sector de la alta tecnocracia, el principal vector de internacionalización de la economía nacional. Por sobre cualquier otro expediente, ella funda su capacidad de hegemonía en sus mayores posibilidades de relacionamiento exterior y en la insustituibilidad de su función que de allí deriva en el cuadro de la política actual.

Mucho más pragmática y menos acomplejada que la burguesía algo vergonzante que Chile conoció en el pasado, su acción ideológica y política plantea desafíos que la oposición no ha sido capaz de enfrentar. Así como sus economistas han conseguido presentarse como los depositarios de una ciencia universal, los principales representantes de esta nueva burguesía aparecen hoy en día como la personificación misma de la modernidad, la ejecutividad y la eficacia. Ello, junto a su aptitud para difundir un modelo de consumo atractivo para grandes sectores, les permite obtener una cierta legitimación social de las bases de su dominación. Frente a ella, poco en definitiva pudo el llamado más bien nostálgico a reconstruir el pasado lanzado por la mayoría de sus adversarios de la oposición.

Si todo conduce a reconsiderar la visión corriente de una burguesía completamente desfasada entre lo ilimitado de su poder político y económico y la estrechez de su expresión social, no debe desprenderse de allí una visión minimizadora de los conflictos que de hecho ella engendra: Con la sociedad toda en virtud de la extraversion creciente que ella impulsa, con el movimiento popular en razón del carácter esencialmente anti-social de su proyecto, con fracciones burguesas subordinadas víctimas de la concentración y centralización, en fin, tal como pareciera cobrar alguna significación en la actualidad, con algunos sectores militares (y políticos) deseosos de poner freno a la irresistible

extensión del poder de los grandes conglomerados.

40.- La reproducción regresiva de los agentes tradicionales de cambio, resultado de la conjunción de por lo menos tres grandes tendencias. En primer lugar, de una contracción general de los efectivos de la clase obrera, que de acuerdo a ciertas estimaciones(7) no representan actualmente más que un 20% del total de la población activa (30% en 1970).

A esa tendencia se agrega a nivel del agro el repliegue masivo del campesinado hacia una economía de subsistencia(8), lo cual multiplica las dificultades de organización, atomizando al conjunto del movimiento.

En fin, quizás si aun más significativa, la heterogenización creciente de la condición salarial(9) tanto en las ciudades como en el campo y de acuerdo a la cual, si un sector restringido consigue efectivamente insertarse en los centros dinámicos del sistema, y con ello participar en alguna medida de sus beneficios, una gran mayoría se ve por el contrario confrontada a la inactividad y/o a la precarización brutal de sus condiciones de trabajo. Se establecen así, conformemente a los objetivos explícitos del régimen, las bases materiales de la competencia entre los propios trabajadores y con ello del debilitamiento de su capacidad de acción.

El movimiento del capital desestructura así el antiguo colectivo de trabajo, la forma específica que asume su expansión favorece, en cambio, la emergencia de nuevas capas asalariadas en el terciario. Qué rol compensatorio podrán éstas desarrollar en el futuro?

Sea como sea, el conjunto de transformaciones introducidas en las formas tradicionales de reproducción y utilización de la fuerza de trabajo, sugieren con fuerza la existencia de una inadecuación profunda entre el nuevo contexto y las formas clásicas de la acción sindical y política.

50.- No obstante su carácter excluyente, la gestión económica actual no impide que se constituya una cierta base de apoyo al sistema. Así, de la misma manera como un 60% de la población (ver supra) ha sufrido una deterioración de su nivel real de consumo, el 40% restante ha, inversamente, mantenido o aumentado el suyo. Si esas cifras deben ser analizadas con precaución y no pueden ser consideradas como un indicador mínimamente preciso de la correlación real o potencial de fuerzas, ellas permiten en todo caso resituar de manera más razonable la magnitud relativa del número de beneficiarios del actual sistema. En efecto, estos representan, en cualquier caso, un sector considerablemente más amplio que esa "infima minoría" a la cual hacen referencia los análisis corrientes de la izquierda.

En este mismo sentido, cabe hacer presente que si bien el grueso de los beneficios son concentrados por la burguesía financiera, las FFAA y una nueva capa tecnocrática, algunos sectores específicos de la clase obrera y aún del propio campesinado, vinculados en lo esencial a la industria de exportación, han conseguido un cierto mejoramiento de su situación.

En el cuadro de esa evolución de los niveles de consumo global de sectores no despreciables de la población, debe a su vez insertarse el fenómeno que se ha dado en denominar, consumismo. Contando, por una parte con una demanda de base más considerable de lo que tradicionalmente se sostuvo, la difusión de un modelo de consumo que privilegia ciertos bienes prestigio, logra por la otra, aumentar su capacidad de masificación gracias a una expansión vertiginosa del crédito. De esta forma, se engendra una dinámica que impregna todos los poros de la sociedad y de acuerdo a la cual la mayor propensión al consumo se expresa en una expansión efectiva, para los unos, en una promesa virtual para los otros.

La estimulación del consumo, real o esperado, de durables suntuosos o de simples baratijas actúa así, dentro de ciertos márgenes, como mecanismos de cohesión social, puesto que conforme a la ideología dominante, él se presenta a fin de cuentas como el patrón único de medida, a partir del cual se recompensa a los "eficaces" y se sanciona a aquellos que supuestamente no lo son.

No obstante, a causa de las limitaciones económicas del actual sistema -tema al cual consagramos el punto siguiente-, la internalización masiva del nuevo patrón de consumo puede desatar un efecto boomerang, al verse frustradas las expectativas así creadas. Sea como sea, la oposición y en particular la izquierda no pueden continuar apegada a una crítica moralista de esta modificación sustantiva, alienada o no, poco importa, de las aspiraciones materiales de grandes sectores de la población.

60.- 1981 marca un año de verdad para la economía nacional: decididamente, el milagro económico no tendrá lugar. En virtud del crecimiento acelerado en el período 1976-1980 y evidenciando un tropicalismo a toda prueba, no faltaron los representantes del régimen que se apresuraron a vaticinar que de aquí hacia 1990, Chile formaría parte del Club de los países más desarrollados. No hace mucho tiempo todavía, Pinochet anunciaba, por su parte, la irreversibilidad del "milagro económico chileno".

Ahora bien, tales pronósticos sólo tenían sentido si la tendencia de los años 1976-1980 podía sostenerse durablemente puesto que hacia 1980, el ingreso nacional per capita era todavía sensiblemente semejante al existente hace diez

años atrás.

Sin embargo, a finales de 1980 estaban ya reunidos todos los factores llamados a provocar un cambio de signo de la coyuntura, que adquiere a partir del segundo semestre 1981, la forma de una recesión transitoria de acuerdo a la expresión del Ministro de Castro. Todas las previsiones son de ahora en adelante corregidas en baja, la situación del empleo conoce un nuevo deterioro, al mismo tiempo que se paraliza abruptamente el boom de la construcción y los valores bursátiles experimentan una caída de más de 10 puntos.

La estrategia puesta en práctica por el equipo económico, basada en una apertura exterior indiscriminada, condujo en efecto, a hacer planear el riesgo bien conocido de un estrangulamiento del sector externo. La política de cambio fijo, elemento clave del programa anti-inflacionario y altamente beneficiosa para los grandes grupos endeudados en divisas, no había cesado de ampliar la brecha del comercio exterior, estimulando una expansión acelerada de las importaciones al paso que desestimulaba peligrosamente el desarrollo de las exportaciones.

Por la vía de la contracción monetaria y del aumento correlativo de las tasas de interés, las autoridades buscan atraer un volumen aún mayor de crédito externo que permita cubrir el déficit. Si la posibilidad de un tal tipo de ajuste no puede ser excluida, el nuevo equilibrio tendrá en cualquier caso lugar en un cuadro manifiestamente modificado. La inevitable recesión habrá sido así un momento de verdad, luego del cual la tendencia del crecimiento se situará en niveles mediocres (cercaos al 3%). Ello no podría ser de otra manera, en razón del bajo nivel de inversión en el período y más centralmente aún, a causa de los límites intrínsecos a un desarrollo productivo cuyo elemento dinámico reside exclusivamente en una simple primera transformación de los recursos naturales del país.

Ni catástrofe, pero tampoco milagro, es más bien en un escenario de crecimiento económico modesto en el cual la oposición librará batalla en el curso de los próximos años.

70.- La necesidad de definir un proyecto económico alternativo, concebido como parte de una proposición política global al pueblo chileno. La ausencia en el conjunto de la oposición de una alternativa económica coherente, capaz de mostrar vías de solución eficaces a los conflictos generados por la gestión actual, ha de hecho, contribuido a confirmar en grandes sectores la idea de su inexorabilidad.

Se trata así de hacer frente al desafío intelectual y político lanzado por los economistas del régimen, quienes a través de diversos expedientes y no obstante su adscripción a una variante relativamente marginal de la corriente libe-

ral, aparecen como los detentores de todo lo que hay de científico en el pensamiento económico universal.

Más que como mero ejercicio teórico, concebimos pues la definición de un conjunto de grandes principios alternativos, como un arma más de la lucha ideológica y política: como forma de combate a una ortodoxia perniciosa; como elemento de persuasión frente a los trabajadores, los estudiantes y profesionales de la economía y los sectores empresariales susceptibles de interesarse por una vía distinta a la trazada por los grandes grupos.

Se trata en síntesis de poner de manifiesto la viabilidad de una alternativa de cambio. Para ello, resulta igualmente fundamental tomar la debida distancia respecto de viejos esquemas que han hecho una prueba de sobra fracasada. Apuntamos de esta forma a una necesaria renovación de las ideas por las cuales habrá de luchar lo que ya muchos designan como una nueva izquierda.

Notas.

(1) Esta sección sintetiza ideas que han sido desarrolladas con anterioridad y en más detalle en M. Lanzarotti y C. Ominami "La Révolution Economique de la Junte Militaire Chilienne", Revue Socialisme No. 151, février 1979, Bruxelles; C. Ominami "Croissance et Stagnation au Chili: éléments pour l'étude de la régulation dans une économie sous-développée"; Thèse de Doctorat Université de Paris X Nanterre; C. Ominami "Las transformaciones recientes de la Economía chilena: Significado Histórico"; Cahiers des Amériques Latines No. 21, Paris 1981 (y Chile América No. 62-63) M. Lanzarotti y C. Ominami "Vers une nouvelle régulation de l'Economie"; Amérique Latine No. 6, 1981.

(2) C. Ominami y R. Sidicaro "Le cône sud au debut des années 1980: Contradictions et ambiguïtés du libéralisme économique" roneo, Le Monde Diplomatique, diciembre 1981.

(3) Para una presentación sintética sobre este concepto ver nuestro trabajo "Las transformaciones recientes de la economía chilena...".

(4) Hemos analizado este punto en "La nouvelle stratégie des entreprises multinationales à l'égard du cuivre chilien", Le Monde Diplomatique, enero 1981.

(5) A este respecto ver por ejemplo nuestro trabajo "Un nouveau type de financement extérieur pour un nouveau modèle de croissance" Notes et Etudes Documentaires No. 4599-4600, La Documentation Française Paris 1980.

(6) Un análisis de esta nueva burguesía se realiza en R. Lagos "Le secteur émergent de la bourgeoisie", Amérique

Latine No. 6 1981.

(7) J. Martínez y E. Tironi "Degradación, la clase obrera y las transformaciones estructurales bajo el Régimen Militar", Programa de economía del trabajo, AHC.

(8) J. Bengoa, "Transformations Agricoles et Paysannerie", Amerique Latine No. 6 1981.

(9) C. Hurtado, "Chile: Reestructuración del movimiento sindical bajo el régimen militar", Comunicación al Coloquio "Chile en los 80: el nuevo escenario", Association Francaise des Sciences Sociales sur l'Amérique Latine II, mayo 1981.

CHILE: MOVIMIENTO OBRERO Y SINDICAL

Augusto Samaniego

1.- La formación del movimiento obrero.

Desde la segunda mitad del siglo 19, la estructura de la sociedad chilena comienza a ser transformada debido al desarrollo de las fuerzas productivas y la conformación de las relaciones capitalistas de producción y de cambio.

La consolidación de la Nación incorpora a la actividad económica regiones de enorme valor. El gobierno organiza el establecimiento de colonos extranjeros en los territorios del extremo sur continental, la llamada región "de los Lagos".

La "Guerra del Pacífico" (1879-83) enfrenta a Chile con Perú y Bolivia disputando la región del nitrato y unida a la cordillera rica en minerales. Chile, incorporó así las provincias de Tarapacá y Antofagasta.

En la década de 1880 se cumple la campaña militar denominada eufemísticamente de "Pacificación de la Araucanía". El fin fue la incorporación plena de las más ricas provincias trigueras y la usurpación de las tierras de las comunidades indígenas.

El auge de la economía nacional a mediados del siglo XIX, sobre la base de la minería floreciente (del Norte Chico) hace posible el desarrollo alcanzado por la industria metalúrgica, la construcción de ferrocarriles y el comercio marítimo(1). Sobre todo en Valparaíso -gran puerto del Pacífico Sur- crece una burguesía comercial y bancaria, estrechamente ligada al capital inglés, principalmente.

Comienza a vislumbrarse el nacimiento de la clase obrera, sometida a condiciones de vida oprobiosa, con horarios de trabajo no inferiores a 12 horas, abundante empleo de niños o mujeres en las labores mineras y variedad de abusos.

La resistencia de esos núcleos obreros adopta formas distintas, desde la "cangalla" o robo de metales y los saqueos de almacenes hasta la paralización de labores y organización de huelgas.

Sobreviene la tendencia a la concentración del capital. Se fundaban bancos, crecían las labores mineras y talleres; se construyeron fundiciones.

Ese mismo período marca el comienzo de la penetración del imperialismo inglés, del sometimiento y distorsión de nuestra economía nacional.

Entre los años 1860 y 1875 el 56-58% de nuestras exportaciones eran hacia Inglaterra y ese país nos abastecía con el 34-41% de las importaciones.

El Presidente Balmaceda -portavoz de las ideas liberales avanzadas de la época y del interés que el sector más dinámico de la burguesía tenía por preservar una independencia económica real- propició la "nacionalización" del salitre, es decir, su control por capitales chilenos. El imperialismo respondió provocando la guerra civil de 1891; el gobierno inglés y las compañías financiaron a los oligarcas insurrectos y lograron imponerse, llevando a Balmaceda al suicidio.

La apropiación del salitre por el capital inglés se realizó finalmente con la participación de los sectores reaccionarios del país: terratenientes y grandes comerciantes (2). Para los primeros la acción del capital inglés no significaba mal alguno, al contrario, les permitía entonar sus negocios agrícolas. Los segundos, negociantes de exportación e importación, gozaban de la situación de intermediarios con óptimos dividendos.

Al promediar el siglo XIX se manifiestan también las corrientes de ideas más avanzadas y diversos brotes del ideario del socialismo utópico europeo. "La Sociedad de la Igualdad", creada en 1850 por Santiago Arcos y Francisco Bilbao llegó a propiciar una Reforma Agraria mediante la expropiación del latifundio. En el país permanecen las viejas estructuras agrarias de explotación.

El proletariado minero continuará creciendo. En la década de 1880 la población obrera de Tarapacá y Antofagasta subió de 1.800 a más de 13.000 trabajadores, particularmente del salitre. Así, en 1900 explota ya una gran huelga en los puertos de embarque (Iquique, 2 de julio) para exigir el pago en moneda corriente.

En las grandes ciudades aumenta paulatinamente la producción manufacturera (pequeños talleres), que coexiste con el artesanado. Este es el fundamento social de la primera fase organizativa que adoptan los trabajadores: el Movimiento Mutualista.

Se desarrollan rápidamente y en gran número las Sociedades de Socorros Mutuos, cuyas finalidades básicas son las de proporcionar recursos de seguridad social a sus asociados, pero que llegarán a ser un fundamento importante para la práctica de la organización de los obreros y demás asalariados. Surgen algunas Sociedades en Resistencia que, en el hecho, adoptan ciertas funciones de sindicatos. Aparecen agrupaciones de tendencia anarquista en sectores de artesanos. En el Norte salitrero no se dieron organizaciones de esa inspiración.

Hacia 1900 se han extendido diversos brotes de socialismo. Se formarán -con existencia efímera- varios grupos que proclaman ese "ideario". En el Norte y en la cuenca del carbón se forman los primeros sindicatos, organizaciones -producto de la experiencia y genio de ese proletariado- llamadas las Mancomunales.

El año 1900, con el siglo, nace en Iquique la "Combinación Mancomunal de Obreros" que mantiene características formales de Mutualidad y Sindicato a la vez, pero que, no obstante, está definida por su composición estrictamente proletaria.

En 1903 son reprimidas huelgas en la Zona carbonífera y en Valparaíso. Actos solidarios en Santiago. En 1905 el "Movimiento Pro-Abolición del Impuesto al Ganado Argentino" expresa la protesta unida de vastos sectores de asalariados. Un meeting de aproximadamente 30.000 personas en Santiago precede a una huelga general y a una represión brutal. En 1906 movimiento de ferroviarios, portuarios y salitreros, en Antofagasta. Protestas en Punta Arenas, centro de la región agro-industrial (lana y carne) de la Patagonia; huelgas en Concepción, Valdivia, Coquimbo.

La significación del proletariado organizado en la vida social es un hecho indesmentible. 1907: Masacre de huelguistas en la Escuela Santa María de Iquique; 10.000 trabajadores se reúnen en Santiago el 10 de Mayo. Un obrero tipógrafo encabeza la manifestación; su nombre: Luis Emilio Recabarren. El año anterior había sido ya encarcelado y clausurado el diario por él fundado, "La Vanguardia" de Antofagasta. En 1906 había sido elegido diputado por el proletariado nortino. La oligarquía, contralora de todos los Poderes del Estado, lo despojó fraudulentamente de su mandato y lo condenó luego a 541 días de cárcel. Entonces, sale clandestinamente hacia Argentina, donde se vincula al movimiento obrero y socialista de ese país. Encuentra allí una más profusa literatura marxista. Su penetración de las

ideas del socialismo científico marcha a la par con su acción revolucionaria junto a los movimientos socialistas de la época de Argentina y Uruguay. Luego, en 1908, se contacta en Bruselas con la Internacional Socialista.

Tal vez pueda estimarse que la etapa de la formación política e ideológica de Recabarren, cuyo fin marca su adhesión a la Internacional Comunista, señala también el inicio de un nuevo período en la maduración del movimiento obrero chileno.

En efecto, aquel obrero nacido el 6 de julio de 1876 en Valparaíso, que sólo cursó estudios primarios y comenzó el trabajo a los 14 años de edad, se moldeó como revolucionario autodidacta. Desde los 22 años militó en el partido Demócrata chileno, de raigambre popular orientado hacia las reformas sociales. Se destacó como dirigente e infatigable periodista. En 1903, se trasladó al Norte salitrero, allí multiplicó sus esfuerzos fundando periódicos, educando, organizando. Imaginó y difundió los más diversos métodos de organización y lucha. Creó centros culturales ("Sociedades Filarmónicas", en la pampa salitrera), Universidades Populares; escribió piezas de teatro; organizó el sindicato de base, orientó la transformación de la Federación Obrera de Chile (FOCH) en la organización sindical de clase más pujante de América Latina de su tiempo. Propicia la unidad de los trabajadores denunciando la explotación imperialista, la complicidad de la oligarquía nativa y proyectando en cada acción la superior finalidad de "la transformación de la organización social con la abolición de la propiedad privada y de las fuerzas que la mantienen, porque es la única manera que las multitudes dejen de ser explotadas y esquilmas con la tiranía del salario".

El 4 de Julio de 1912, Recabarren y un grupo de militantes obreros, funda en Iquique el Partido Obrero Socialista. Lo que en otros países fue fundamentalmente obra de esclarecidos intelectuales revolucionarios que llevaron el marxismo a las masas obreras, en Chile fue resultado del aprendizaje abnegado de obreros fogueados en el sindicalismo. Labor organizadora apasionada de un obrero tipógrafo que se elevó en la lucha a la asimilación de la teoría revolucionaria. Padre del movimiento obrero lo reconocen hoy todos los sectores ideológicos.

2.- La lucha por la organización unitaria.

La caída de las exportaciones de salitre redujo en 50% los ingresos reales de los trabajadores. En 1910 aproximadamente 55 mil asalariados integran sindicatos (5% de la población urbana). Continúa el proceso de concentración industrial, si bien predominan talleres de 20, 30 obreros. Nace el proletariado manufacturero en las ciudades. Entre 1911 y 1919 se constatan casi 300 huelgas que comprometen a unos 150 mil trabajadores.

En 1909 se fundó -bajo la influencia de sectores católicos- la Gran Federación Obrera de Chile. Esta mantuvo el carácter de asociación mutualista. La 3a. Convención de la FOCH (1919) aporta un programa que sella su carácter de organización de clase. La FOCH se propone: "conquistar la libertad efectiva, económica, moral y social aboliendo el régimen capitalista... La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos".

El POS comprendió y denunció la 1a. Guerra Mundial como dramática consecuencia de la rivalidad interimperialista. El fin de la guerra trae la crisis, la desocupación. Se organizan "meetings del hambre". A iniciativa de la FOCH se forma una "Comisión Obrera de Alimentación" que reúne 100 mil personas en Santiago (1919, agosto).

La gran depresión capitalista mundial repercute rápida y ferozmente sobre la economía dependiente y monoprotectora de Chile. Desmanteladas las explotaciones salitreras, grandes concentraciones de cesantes se producen en las ciudades con sus secuelas de epidemias, hambre, miseria generalizada. Los trabajadores deben entonces, readecuar sus formas de organización y la dimensión de sus luchas, que comprometen a nuevos sectores sociales. Las contradicciones de la base de la sociedad se proyectan en un clima convulso que alcanza a las categorías intermedias de trabajadores que se hallan en acentuada tendencia de pauperización.

El ciclo del salitre determinó la integración plena de la economía chilena al mercado internacional y selló una relación dependiente respecto del sistema imperialista. El en clave minero aceleró una concentración relativa muy alta de trabajadores directamente ubicados en las funciones extractivas y de producción general. Este hecho aparece como una primera particularidad que explica el rol fundamental de dichos núcleos obreros en la organización del movimiento sindical, en el desarrollo de las luchas que denotan históricamente un alto grado de conciencia de clase, en la movilización socio-política de los trabajadores chilenos.

La debilidad estructural del sistema minero exportador se expresa también en las oscilaciones y brusca caída de la mano de obra ocupada. En 1918 trabajaban en los yacimientos salitreros 56.981 obreros; su número alcanzó un máximo en 1925 de 60.785 trabajadores. Tales oscilaciones se mantienen hasta 1930, momento en que los efectos de la gran depresión del capitalismo mundial abaten las exportaciones y la producción misma del salitre. En 1932 los trabajadores ocupados en los yacimientos llegan sólo a 8.711.

Paralelamente el auge salitrero planteó la necesidad de un desarrollo del aparato técnico y administrativo político por parte del Estado. Este asume un rol preeminente respecto del conjunto de la economía; otorga las concesiones de explotación a los grupos extranjeros y se financia

casi exclusivamente de los impuestos de la exportación salitrera, con lo cual la clase dominante se exime prácticamente de tributación.

La gran masa de la población trabajadora estuvo lejos de participar de la prosperidad económica. Ello se aprecia, además, en los datos de la población ocupada que nos permite trazar el perfil de dicha estructura de clase. En 1895, en pleno ascenso del ciclo del salitre, el 87,5% de la población económicamente activa realizaba trabajos manuales y en 1940, luego de la crisis y del agotamiento de las posibilidades de un desarrollo basado únicamente en la monoexportación y se encuentra ya en desarrollo la expansión manufacturera, el 84,3% de esta población continuaba en ocupaciones manuales. Se hace evidente que la movilidad estructural es prácticamente inexistente.

Por su parte, los sectores intermedios pre-existentes y ya formados en el siglo XIX, se constituyen como capas medias intelectuales; éstas encuentran ocupaciones en la función político-administrativa y cultural y experimentan una primera fase de crecimiento con la adecuación del aparato estatal burocrático a las exigencias de la expansión salitrera.

En Chile —a diferencia de lo que ocurriría en Argentina o Brasil, por ejemplo— las nuevas tendencias del sistema económico no se tradujeron en una ruptura o discontinuidad que afectase al desarrollo de la clase obrera. Ese "proletariado histórico" difundió sus tradiciones de organización y de combate a través de las faenas agrícolas y urbanas, en la minería ocasional o en los lugares de concentración de cesantes, que marcaron el itinerario de la crisis. Inmediatamente después, en un momento de relativa estabilización del sistema, transmitió su experiencia enriquecida por un período álgido de las luchas sociales, a los nuevos contingentes obreros y a sectores muy amplios de asalariados. En 1934 se crea una Confederación Nacional de Sindicatos, la cual llega a acuerdo con la FOCH y convoca a un Congreso de Unidad Sindical. Se sumará la Unión de Empleados de Chile para dar nacimiento a la Confederación de Trabajadores de Chile. Esta central unitaria llama a la unidad "para luchar contra la explotación capitalista hasta llegar al socialismo integral". Participará en la conformación del Frente Popular y lo integrará.

Las amenazas de los grupos fascistas internos y los acontecimientos internacionales, presididos por la agresión de Franco-Mussolini-Hitler a España, desatan una ola de solidaridad que se funde con las luchas democráticas en el país.

En 1938, Pedro Aguirre Cerda es elegido Presidente de la República por las fuerzas populares. Los recursos del Estado se aplicarán para el desarrollo del capitalismo indus-

trial, mediante las empresas de la Corfo, etc.

La formación de dichas empresas estatales fue producto de la coincidencia de intereses entre las fuerzas sociales componentes del Frente Popular. Desde comienzos de la década de 1930 la tendencia a la industrialización para sustituir importaciones fue resultado de la crisis general del capitalismo, de las restricciones a la capacidad de importar. Tal necesidad era sentida especialmente por la burguesía no monopolista. Para el proletariado y las demás capas y clases populares las empresas del Estado representaban la creación de fuentes de trabajo y una base de desarrollo industrial independiente, un freno a la penetración imperialista.

El fortalecimiento del movimiento sindical marcha a pa-rejas con las tendencias democratizadoras. Sin embargo, éste se ve afectado por serios errores; se manifiestan en concesiones que conducen a frenar el proceso de organización y el derecho a la sindicalización de los campesinos.

Durante la conflagración y hasta la post-guerra la derecha política será batida. No obstante, el imperialismo norteamericano extiende su política de "guerra fría" al continente y muestra gran preocupación por la situación chilena. En 1941 se precipita la ruptura del Frente Popular; el movimiento sindical es centro de maniobras divisionistas. El Departamento de Estado se sirve de los tradicionales métodos de corrupción para utilizar a dirigentes chilenos de acuerdo a sus intereses. A la larga serán, tales dirigentes, aventados por los trabajadores de sus organizaciones y del movimiento popular.

1946, enero, la CTCH convoca a un meeting en Santiago para protestar por el decreto que disuelve varios sindicatos salitreros. La represión deja 5 muertos. Sigue un paro nacional. El sector de dirigentes pro-imperialistas divide la organización máxima.

El mismo año es elegido presidente G. González V., con el apoyo del Partido Comunista. Poco tiempo después González consume la traición coaligándose con toda la reacción, sumiso al "macartismo", para dictar la persecución del Partido Comunista y reprimir al movimiento sindical.

3.- La fuerza de la Unidad: la CUT.

Sobrepasando la represión y el confucionismo derivado de las tendencias reformistas y aventureristas, el movimiento sindical centra sus esfuerzos en preservar la organización y en ampliar la unidad. La base ideológica de ese proceso la constituye la identificación de los enemigos principales del pueblo: los monopolios imperialistas, los grupos económicos locales ligados a ellos y los terratenientes.

Desde 1948 a 1953 se forja la CUTCH.

1951, la Federación de Estudiantes de Chile auspicia un Comando Nacional contra las alzas, que integran todas las corrientes sindicales. 1952, se constituye la Comisión Nacional de Unidad Sindical que elabora una declaración de principios y la Convocatoria al Congreso Constituyente de la CUTCH. Allí coinciden todas las tendencias politicco-ideológicas vigentes en el movimiento sindical; comunistas, socialistas, radicales, social-cristianos, anarco-sindicalistas. Una gran concentración de masas expresó la decisión unitaria.

1951, 27 de junio, se proclamó una huelga general en la cual participaron más de 500 mil trabajadores; las reivindicaciones económicas fueron ligadas a aquellas de libertad sindical y política. El gobierno debió reconocer los derechos legales más inmediatos. Esa victoria tuvo influencia determinante en el proceso en los próximos 10 años. El movimiento sindical reconoce la necesidad de la unidad.

El Congreso de Fundación de la Unidad Sindical, se realiza el 12 de febrero de 1953 y reúne a 1.300 representantes de organizaciones sindicales (cerca de 150 mil trabajadores). Se abre, así, el período de formación de la CUTCH.

El avance de la industrialización genera cambios significativos. Desde 1939 a 1957 el número de obreros en la industria de transformación aumentó a más del doble(3).

A la relativa falta de experiencia en la organización y el combate de esos nuevos contingentes proletarios, debieron agregarse las notables dificultades legales que afectaban a la estructura sindical.

El gobierno de Ibáñez (1952-58) se había propuesto desplazar de la CUTCH a su dirección clasista. Así, en el Congreso Constituyente se impuso una lista de amplia unidad integrada por radicales, socialistas, social-cristianos y comunistas que derrotó a la tendencia oficialista auspiciada por el gobierno. Enfrentado a un fracaso el gobierno no vaciló en aplicar la ley anti-comunista que había prometido derogar.

La declaración de principios aprobada por el 2o. Congreso CUTCH (diciembre 1959), expresa: "En la CUT los trabajadores asalariados de todo Chile...; encontrarán la más eficaz de las armas... para la unidad monolítica de clase y para la batalla decisiva contra la gran burguesía, la oligarquía antinacional y el imperialismo, contra la represión y la pobreza". El congreso manifestó su entera solidaridad con la Revolución Cubana y llamó a los trabajadores chilenos a sostener por todos los medios el éxito de ese proceso libertador de proyecciones continentales.

En la década de los 50 se manifiesta el entramamiento de la industrialización. Cambios importantes afectarán la composición de la población trabajadora. La proporción de los trabajadores de la industria respecto de la población total -entre 1952 y 1960- disminuye del 6,5% al 5,5%. Los mineros, destacamento original y núcleo básico del proletariado, representaban en 1940 cerca del 25% del total. La de presión en el salitre y carbón significó que en 1960 los mineros eran sólo un 15%. Los obreros de la industria de transformación representaban más del 60% de los asalariados de toda la industria del país.

En la evolución de la población activa los asalariados constituyen la inmensa mayoría. No obstante, el desequilibrio de la economía nacional se manifiesta en la acusada tendencia a incrementar los nuevos puestos de trabajo mucho más rápidamente en la esfera no productiva. El mayor crecimiento de la fuerza de trabajo ocupada se produce en los servicios y el comercio. Todo ello conducirá crecientemente a una mayor influencia de los trabajadores provenientes de esos sectores en la CUT.

El III Congreso declaró la necesidad de nacionalizar las riquezas básicas, de la Reforma Agraria y el control estatal de la Banca y Compañías de Seguro; democratización de la educación y de la Administración Estatal (agosto 1962).

En 1964 se realiza una "Marcha del Hambre"; en febrero un paro nacional. La CUT representaba orgánicamente cerca de un 19% del total de trabajadores del país. Aproximadamente 1.800.000 trabajadores formalmente se hallaban en condiciones de organizarse.

En el período 1964-70, sin renunciar a la lucha ideológica, las diversas tendencias reafirmarán la unidad sindical. Una amplia reacción unitaria y combativa de las masas se expresará ya desde el 1o. de mayo de 1965, respondiendo al llamado de la CUT. Tal es la orientación que resumió el IV Congreso (agosto 1965): Independencia y unidad para la lucha por los cambios. Gran preocupación constituyó el desarrollo del movimiento campesino y la construcción de una organización unitaria de los trabajadores de la agricultura. La lucha se centra, además, en la renovación de la legislación del trabajo. Esta debe corresponder al desarrollo alcanzado por la organización sindical; el reconocimiento de la Central Unica es un imperativo derivado de su fuerza y representatividad real. El proyecto de ley elaborado por el gobierno es derrotado por la voluntad mayoritaria.

1967, noviembre. Bajo la dirección de la CUT 1.000.000 de trabajadores participarán en un paro nacional que expresa las reivindicaciones de los más diversos sectores.

Se abre paso una nueva legislación que establece el derecho a sindicalizarse a los mayores de 18 años, en empresas de más de 25 trabajadores, incluidos los analfabetos.

Reconoce, también, a las organizaciones sindicales por regiones y de representatividad nacional. (Deben considerarse las limitaciones que imponía la realidad socio-económica del país: en 1968 sólo un 15% de los trabajadores de las empresas con menos de 50 operarios integraban sindicatos; en las empresas de más de 50 se hallaba sindicalizado el 80%). (4).

La ley de Reforma Agraria y la de Sindicalización campesina (1967) darán un impulso muy grande a la organización del proletariado rural y otros sectores campesinos (Baste indicar que en 1964 se encontraban legalmente organizados 16 mil campesinos; en 1970 fueron 127.700 y en 1972 300.000). El movimiento sindical derrota en 1968 la política que pretendía imponer el ahorro forzado, como una forma más de cargar la crisis sobre los ingresos de los asalariados. La Séptima Conferencia Nacional CUTCH levanta una plataforma general; impulsó la solidaridad con el pueblo de Viet-Nam, ejemplo de lucha antimperialista, y exigió el restablecimiento de relaciones normales con Cuba.

El Quinto Congreso Nacional (noviembre 1968) representaba ya a 700.000 trabajadores sindicalizados. Asisten al Congreso como invitados, uniéndose al Programa CUT, Federaciones de Estudiantes, Asociaciones de Intelectuales, etc. Se expresa que los reales cambios revolucionarios "serán obra de todo el pueblo y de un Gobierno que se apoye en la clase obrera y los campesinos, en los artesanos, pequeños comerciantes y empresarios, en los hombres de la cultura y los estudiantes". Se aprobó "saludar y sostener la lucha común de los académicos, estudiantes y trabajadores por la Reforma Universitaria". La CUTCH estableció convenios para el perfeccionamiento de los trabajadores, primero con la Universidad Técnica del Estado y, luego, con otras.

Al abrirse la 8a. Conferencia Nacional (julio 1970), ésta agrupaba a 850 mil trabajadores. Ese mismo mes se reprime un paro nacional donde muere un joven obrero. El Presidente de la CUT, Luis Figueroa M., expresaba: "nosotros, trabajadores, debemos unirnos para crear en un futuro próximo un Gobierno Popular y revolucionario con el cual realicemos las profundas transformaciones necesarias al país".

Los trabajadores han puesto en el centro de la lucha social el poder político. El gobierno presidido por Salvador Allende, siendo la conquista superior de los trabajadores significaba el control de una parte del Poder Político: la esfera ejecutiva de un régimen "presidencial" democrático-burgués. Esto es, desde ese momento, la lucha de clases entra en un nivel cualitativamente superior.

El rasgo más profundo de ese proceso debe ser garantizar que los trabajadores sean actores y conductores de todos los cambios, en los planos económico, social y político. Tal es la significación fundamental que expresó la partici-

pación de los trabajadores y la llamada "Batalla de la Producción". La aplicación consecuente del Programa UP se explica en función del grado de participación social y política de los trabajadores organizados. De ese modo, en 1971 el índice de crecimiento de la economía fue de 8,3% y el de la producción industrial de 14,2%, es decir, un crecimiento espectacular obtenido en el marco de las medidas a corto plazo (redistribución del ingreso, aumentos salariales; aumento de la inversión pública y disminución de la cesantía; ocupación de la capacidad productiva ociosa, disminución de la inflación, etc.).

El VI Congreso Nacional (diciembre 1971) marcó el crecimiento de la organización sindical; más de un millón de afiliados. El Convenio CUT- Gobierno Popular estableció la participación de los trabajadores en todos los niveles: empresas, regiones, organismos nacionales de planificación, consejos, Ministerios. Las insuficiencias de ese proceso están ligadas a los errores de conducción política. No obstante, la conciencia de clase unitaria adquirida por la clase obrera y amplios sectores de asalariados chilenos se manifestó con dimensiones aleccionadoras en las duras y complejas batallas contra la sedición, el sabotaje a la producción, la distribución de bienes esenciales y el terrorismo. La combatividad y disciplina de millones de chilenos agrupados por sindicatos, comités vecinales, etc., bajo la dirección de la CUT, derrotaron aún en 1972 (octubre) una ofensiva general sediciosa, sostenida por la peor reacción internacional. Las elecciones parlamentarias generales de 1973 dieron un 44% a tres años de gobierno -hecho sin precedentes en la historia política del país- al movimiento popular encabezado por Salvador Allende. Sin pretender desentenderse de los errores que hicieron posible la instauración del fascismo en Chile, el grado de organización unitaria y las definiciones programáticas por cambios estructuras y de aspiración a la dirección política del Estado, constituyen un patrimonio esencial de la CUT. Es por ello que, desde el primer momento, la dictadura centró su odio y temor sobre la resistencia de los trabajadores que reorganizaban sus combates con la orientación de sus organizaciones sindicales y políticas de clase.

Ante el carácter de la dictadura y la magnitud de la contrarrevolución, surgen análisis teóricos que caracterizan una cierta crisis del movimiento sindical. Resumiendo se argumenta así: El proceso de industrialización sustitutiva posibilita un desarrollo amplio del Estado liberal democrático, en el curso del cual el movimiento sindical asume características estructurales que se agotan y lo ponen en falencia al instaurarse el fascismo.

La relación entre la economía y la política de ese Estado (llamado, a veces, "populista") su "modelo Redistributivo", le imponen al movimiento obrero y sindical y a los partidos populares un camino. Este sería la integración de

los sectores mayoritarios no sólo al consumo, sino también a la participación política, en otras palabras, la integración de los sectores populares "al interior del Estado"(5). La crisis de ese "Estado de compromiso" (crisis económica aguda desde los años 50 y política desde los 60 al golpe) en que los trabajadores optaron por "presionar desde dentro" determinaría que "al hablar hoy del movimiento sindical" nos refiramos "...a un sujeto colectivo que alguna vez existió en la historia de Chile"(6).

El movimiento sindical y popular histórico quedaría irremediablemente separado de su experiencia, de su acervo ideológico y, tal vez, de los principios unitarios y clasistas que expresan su trayectoria.

De este modo, la falta de perspectiva del movimiento sindical y político, en esta visión economicista, estaría determinada por: 1) La dictadura, mediante su modelo económico (+ represión) acrecienta la fragmentación ideológica política de los trabajadores. Impone una redefinición del lugar y la función del movimiento sindical ("negociar atomizadamente en el mercado..."). Impide que éste juegue su rol socio-político de proyección nacional. 2) La "pérdida de la capacidad negociadora de los dirigentes" precipita "la ruptura entre dirigentes y dirigidos". Se produce cierta reactivación política del sindicalismo... pero "en un marco de desconcierto generalizado y decreciente capacidad convocatoria de las diferentes tendencias". No es extraño (con esa perspectiva para evaluar ciertos datos empíricos) que se afirme: "La voluntad política del capital... parece no tener contrapeso real, especialmente en la coyuntura posterior al plebiscito, dada la ausencia notoria de iniciativa por parte de los sectores excluidos"(7).

En el marco teórico referido hay una renuncia al más elemental análisis dialéctico de las condiciones concretas en que se desarrollan las relaciones entre movimiento sindical, partidos políticos y masas. Expresa, además, un alto grado de "indefinición" sobre el rol socio-político de la clase obrera. Pero poco o nada se dice en cuanto a unaperspectiva política, a las definiciones ideológicas y los objetivos de organización que pongan a un movimiento sindical pujante en función del derrocamiento de la dictadura y del desarrollo democrático futuro. Al contrario, tan sólo se insiste en dos "premisas": 1) La necesidad de readecuar las estructuras sindicales, y 2) lo anterior en base a "una reformulación profunda" de la relación movimiento sindical-partidos políticos. Frente a lo primero, debiera reconocerse que los trabajadores están, con sus luchas, abriendo paso a las estructuras más adecuadas. Y esto envuelve la lucha ideológica. La Coordinadora Nacional Sindical -con mayor o menor margen de legalidad- y la movilización tras el Pliego Nacional señalan la perspectiva real (y también las dificultades) para la unidad. Perspectiva que requiere de principios claros. En cuanto a lo segundo, los trabajadores, evidencian que saben discernir la eficacia y consecuencia

con que los partidos proponen una orientación a sus combates. Un contenido esencial de las luchas es el rechazo a la pretensión del fascismo de separar "la política" de "la negociación" controlada por la fuerza; separar al movimiento social de la política, a las clases de sus partidos.

Cada avance en el enfrentamiento de masas a la dictadura indica que lo que los trabajadores reclaman es un papel más pujante de los partidos, mayor responsabilidad para superar la dispersión, atomización que dicta la política económica y el terrorismo de Estado. En tal sentido, si, la crisis que pueda afectar a ciertos partidos será resultado de la incapacidad de impulsar la iniciativa política, favorecer la unidad sindical, actuar consecuentemente en el movimiento para organizar y elevar la combatividad de los nuevos sectores sociales que inician la experiencia sindical y aquellos que han sido desplazados de la producción.

Ante esta situación compleja, es necesario profundizar en un análisis dialéctico y de clase que dote de mayor eficacia a la teoría y a la práctica.

La fuerza principal del movimiento sindical y democrático, está constituida por la clase obrera. Es cierto que ha disminuído la participación porcentual del proletariado industrial-minero en la fuerza de trabajo. Pero el peso de la clase obrera no se mide solamente en términos cuantitativos. La gravitación de cualquier clase está determinada de manera preferente por su lugar en la producción social, su grado de conciencia y su organicidad. Además, debe tenerse en cuenta que los desocupados totales o parciales no dejan automáticamente de ser obreros y que aumenta el número de asalariados de otras capas. Reviste la mayor importancia los rasgos comunes que los agrupan en una sola clase. Por encima de los cambios que se producen en la composición de los trabajadores, lo decisivo es su cohesión y su lucha. (Pensamos que es significativo el análisis de las condiciones sociales y políticas en que la clase obrera forjó su "continuidad histórica" ante la crisis de los años 30 y cambios en la estructura social).

Pese a todas las maniobras y presiones del régimen la división no llega a la base. No han surgido los sindicatos paralelos de fábrica que contempla el "Plan Laboral". No obstante, existen federaciones paralelas y grupos sindicales de tendencias; subsisten prácticas burocráticas, de corte. La Coordinadora Nacional Sindical se fortalece como organización clasista y busca el acuerdo con otras expresiones sindicales. El pluralismo entendido como paralelismo es división. El pluralismo en el seno de las organizaciones sindicales únicas significa unidad.

El proletariado busca coordinar sus reivindicaciones por ramas, local y nacionalmente; vincular sus combates a las aspiraciones de todos los sectores articulando las rei-

vindicaciones parciales y diversas, orientándolas a confluir en el objetivo del derrocamiento de la dictadura. Este es un proceso de masas político, ideológico, organizativo; civil y militar. Estas luchas chocan cada vez más duramente con las normas del régimen. La experiencia histórica de lucha de masas se vincula a todas las formas de combate.

Notas.

(1) A. Edwards, por ejemplo, se enriqueció mediante préstamos usurarios y apropiándose de lo producido por pirquineros y mineros endeudados. Ver Paul Treutler. "Andanzas de un alemán en Chile". Ed. del Pacífico, 1959.

(2) El más tarde conocido magnate del salitre, Mr. North, adquirió bonos de propiedad de grandes yacimientos durante la Guerra del Pacífico e, incluso con préstamos obtenidos de la banca chilena.

(3) "La industria textil. América Latina. Chile", Naciones Unidas, 1962.

(4) Airmail News from Latin America, mayo-junio 1970.

(5) Ver "El movimiento Sindical...(1930-73)". Arzobispado de Santiago. Doc. No.1, 1980 y dossier rev. "Apsi". Nos. 91 y 98; también tocan estos aspectos varios artículos sobre la "crisis de la izquierda" en "Chile América".

(6) R. Fernández, rev. "Apsi" No. 91, 1981.

(7) Idem.

TEORIA DE LAS FORMACIONES ESPACIALES: UN APORTE METODOLOGICO.

Horacio A. Sormani

1.- Introducción.

Es cada vez más evidente la necesidad de contar con una teoría de las estructuras territoriales que supere las limitaciones propias de las ciencias particulares que, tangencialmente, han incorporado a su terreno específico elementos espaciales. Particularmente, es preciso revitalizar a la ciencia geográfica, embretada en su propio dualismo, que la ha mantenido apartada de la familia de las ciencias sociales, y contribuir a recuperar para ella su objeto propio de análisis: el espacio.

En términos amplios, el contenido de nuestra propuesta, que aquí aparece sumamente resumida, se apoya en la necesidad de analizar la articulación dialéctica entre los modos de producción dentro de una dada formación social histórica y la organización del espacio que ellos van determinando, admitiendo que esta determinación no es mecánica, de tal forma que redunde en una estructura espacial única en cada caso y de manera automática a partir de los procesos sociales, sino que éstos se ven afectados, en alguna medida, por las condiciones específicas de las estructuras espaciales.

Dicho en otros términos, nos proponemos replantear la cuestión del espacio olvidada por la geografía tradicional como fundamento de su propia cientificidad, escamoteada o reducida en otras categorías, a fin de proponer que el espacio y los arreglos espaciales, o la organización del espa-

cio, constituye el resultado de la actividad transformadora del hombre y representa el modo en que, históricamente, el hombre fue modelando la corteza terrestre para disponer de ella y poder reproducirse como tal. Y para ello no basta la mera constatación de que la historia humana se desarrolla en el espacio, sino que éste constituye un elemento fundamental del proceso de producción social y de los mecanismos de control de la sociedad. El espacio mismo es historia, así como "el tiempo es el espacio en que se desarrolla el hombre".

2.- Hacia una nueva perspectiva del espacio social.

Recuperaremos para nuestra exposición el medio físico, natural, privilegiado por la geografía tradicional, reconociendo que ese ambiente constituye el fundamento de la práctica productiva humana que es, al mismo tiempo, el modo en que los hombres manifiestan su vida. Sin duda alguna, el modo como los hombres producen sus medios de vida depende, ante todo, de la naturaleza misma de los medios de vida con que se encuentran y que se trata de reproducir. Este modo de producción no debe considerarse solo en cuanto representa la manera en que se reproduce la existencia física de los individuos, sino que es ya un determinado modo de vida de los mismos(1).

Sin embargo, esa "primera naturaleza" que se organiza conforme a ciertas normas históricamente cambiantes, y de la que el hombre mismo también forma parte, no interviene directamente en el complejo de relaciones sociales estructuradas en función de la producción material, sino en forma mediata, debido al hecho que, desde los orígenes de la humanidad, dicho proceso productivo no sólo constituye una relación entre el hombre y la naturaleza (única que vislumbró la geografía tradicional) sino, básicamente y, al mismo tiempo, una relación entre hombres. De este modo, ya no puede suponerse que la naturaleza o el ambiente natural constituye el presupuesto de toda actividad humana ya que ella aparece siempre como materia social, apropiada como objeto de la producción material, mediada y transformada por la actividad humana social y, por ende, también mudable y transformable presentemente y en el futuro. Los factores naturales no llegan a ser esenciales en tanto elementos constituyentes del mundo social a menos que el hombre los incorpore al ámbito de su práctica productiva. Y es esta actividad humana la que les da ese carácter.

Sin embargo, el entorno material que rodea (al hombre) no es algo directamente dado desde toda una eternidad y constantemente igual a sí mismo, sino el producto de la industria y del estado social, en el sentido de que es un producto histórico, el resultado de la actividad de toda una serie de generaciones, cada una de las cuales se encarama sobre los hombros de la anterior, sigue desarrollando su in-

dustria y su intercambio y modifica su organización social con arreglo a las nuevas necesidades(2). Así, por ejemplo, determinados elementos naturales (los mares, las tierras bajas, etc.) han representado serios obstáculos para el ejercicio de la práctica humana productiva en una época de temprano desarrollo de las fuerzas productivas, mientras que en la actualidad adquieren una significación totalmente diferente (se han convertido en vías de comunicación, áreas de pesca, suelos de apropiación agropecuaria o industrial).

Desde este punto de vista, el ámbito de la sociedad humana, el espacio social y el modo en que se organiza, denota el carácter histórico que asume la naturaleza mediatizada por la actividad práctica del hombre y, como tal constituye el fundamento obvio de esa actividad, pero también es su producto, producto material elaborado, modelado y organizado en función de esa actividad estructurada a partir de un conjunto de relaciones sociales dentro de las cuales se inserta, adquiriendo "una forma, una función, una significación social"(3).

Es decir, el espacio social es también una segunda naturaleza integrada por todos aquellos objetos espaciales producidos por la sociedad para servir de soporte, ámbito, auxilio a sus actividades, como los lugares de trabajo, los caminos, los puentes, etc. El espacio social es también un espacio producido en el mismo proceso destinado a generar la corriente de medios de subsistencia que la sociedad humana requiere para reproducirse como tal.

En definitiva, puede afirmarse que el fundamento último de toda teoría de la sociedad no consiste en ningún momento natural extrahistórico o extra-social, como el clima, la raza, la lucha por la existencia, las fuerzas humanas somáticas y síquicas, sino en una naturaleza históricamente modificada ya o, para decirlo con más precisión, en los desarrollos históricos y socialmente caracterizados de la producción material(4). Pero esta producción material requiere un cierto fundamento, un ámbito en el que explayarse, condiciones que permitan asegurar su reproducción. Para ello la sociedad humana ha logrado transformar la naturaleza primigenia, socializarla y complementarla con nuevos elementos para configurar un determinado arreglo espacial que adquiere, en cada etapa histórica, un carácter diferente en el que se refleja el propio carácter de la sociedad que lo moldeó.

3.- El espacio y la producción.

Siendo el espacio producto de la actividad práctica del hombre enderezada fundamentalmente hacia la producción material y representando las condiciones de inserción de la naturaleza en ese proceso, resulta que para entender cómo se estructura históricamente, es preciso analizar, en cada caso, el carácter que asumen las relaciones de producción y,

particularmente, el estadio de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas. Si las primeras son, esencialmente, "sociales", el carácter de las fuerzas productivas, en buena parte de origen natural, puede hacer pensar que la naturaleza reaparece nuevamente determinando un modo de organización de las relaciones humanas. Sin embargo, no hacen más que poner en evidencia el carácter dual de la producción material: relación técnico-natural entre el hombre y la naturaleza, por un lado, y relación histórica planteada entre los propios hombres. Además, las fuerzas naturales sólo llegan a ser fuerzas productivas, cuando utilizadas por la sociedad organizada, sirven a la producción y reproducción de la vida humana misma. Por otra parte, el desenvolvimiento de las relaciones de producción acentúa crecientemente el carácter social de las fuerzas productivas pues, a la explotación y apropiación de las fuerzas puramente naturales, se agregan condiciones puramente sociales como las inherentes a la organización del trabajo social.

La espontánea diversidad de las condiciones naturales ha operado y opera aún del mismo modo que las distintas capacidades fisiológicas de los hombres para promover e impulsar la división del trabajo, representando un estímulo inicial para el desarrollo de las fuerzas productivas. Estas disparidades naturales fueron las determinantes del intercambio primitivo y tuvieron la virtud de ampliar los límites del espacio social al favorecer, consiguientemente, el aumento de las necesidades y el nivel de su satisfacción. Aquí, de nuevo, el grado de adelanto de las fuerzas productivas determinará si ciertos accidentes geográficos o el simple desplazamiento de mercancías o personas sobre la superficie terrestre es o no viable y qué dosis de energía humana y de medios materiales será preciso utilizar para sortear esos obstáculos y en qué condiciones.

Si la división del trabajo dentro de la sociedad tiene de asignar a diversos individuos o grupos, roles dentro del proceso productivo, lo mismo ocurre en el plano territorial con las diversas áreas y regiones, de modo que la producción material también se va diferenciando espacialmente. Así, la división social territorial del trabajo constituye una forma específica, un momento, de la división del trabajo dentro de la sociedad humana en su conjunto, acarreado no sólo una especialización del proceso productivo, sino una contradicción de intereses y un antagonismo entre diversos grupos y clases sociales y entre las diferentes áreas y regiones.

Pero éste es sólo un momento del proceso de diferenciación espacial de la sociedad ya que la división social territorial del trabajo lleva implícitas nuevas formas de diferenciación basadas en el intercambio y en la circulación de mercancías, incluido el capital, condicionadas por las características del desarrollo desigual de las fuerzas pro-

ductivas, por el tipo de relaciones de producción dominantes y también por los sistemas de dominación impuestos en la sociedad. Finalmente, el tipo de instituciones políticas, jurídicas e ideológicas imperantes, refuerzan, mantienen y legitiman el esquema de división social territorial del trabajo bajo establecido y convalidan el tipo de organización del espacio que emergiera como resultado de ella.

Las cualidades del medio natural aportan también la base de sustentación para el proceso de sedentarización del hombre. Cuando diversas comunidades encuentran condiciones apropiadas para fijar su residencia de una manera más o menos permanente, ya que la existencia de alimentos y de otros medios aptos para satisfacer sus necesidades no obliga a sus miembros a desplazarse para procurárselos, se inicia el proceso de sedentarización. Estas "condiciones apropiadas" estarán dadas, tanto por los caracteres cualitativos o cuantitativos de los recursos naturales existentes en un dado sitio, como por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas que permitan aprovecharlos. Pero, además, la comunidad debe haber logrado la capacidad para poder manejar esas fuerzas productivas y contribuir a su expansión, circunstancia que permitirá la expansión y desarrollo de la propia comunidad.

El asentamiento humano es el producto del proceso de sedentarización del hombre y se vincula estrechamente con su actividad productiva pero, al mismo tiempo, es también el resultado de la división social territorial del trabajo en el seno de la sociedad. Constituye una unidad dialéctica de relaciones humanas y naturales en la cual las condiciones generales del desarrollo social han dejado provisoriamente fijados ciertos caracteres específicos que pueden evidenciarse, en parte, por sus rasgos espaciales y, en parte, por la naturaleza de las relaciones sociales imperantes en el mismo.

Este concepto implica, necesariamente, la conjunción de un sitio, elegido por su aptitud para establecer una residencia relativamente permanente, con aquel otro sitio que brinda las mejores condiciones para el desarrollo de una actividad productiva. El trabajo, como práctica fundamental del hombre, se realiza, usualmente, de una manera regular y continua y por ello requiere que los individuos se establezcan a una distancia tal del lugar de trabajo que les permita reintegrarse a él diariamente. No se trata, pues, de un hecho físico, sino social, y, por lo tanto, histórico, sujeto a las leyes que regulan el desenvolvimiento de la sociedad. Cambios cuantitativos que se operen en el curso de su desarrollo pueden traducirse en modificaciones cualitativas que afectarán su jerarquía, rol o condiciones de inserción en un esquema de división social territorial del trabajo, sin por ello alterar el hecho innegable de resultar un producto en permanente transformación. Por otra parte, si es e

vidente que la actividad productiva no constituye la única causa de la formación de asentamientos, lo esencial reside en el hecho de que su origen no puede desvincularse de una dada función y que ésta involucra la necesidad de un trabajo, una actividad productiva material, realizada por hombres. Por lo tanto, el hecho de que algún asentamiento en particular tenga un origen no asociado directamente a alguna actividad productiva, como ocurre con algunos centros de veraneo o de peregrinación, no invalida el principio de que el asentamiento humano, por serlo, constituye un producto social históricamente determinado por la producción material y por la necesidad de su reproducción y de la reproducción de la sociedad humana en su conjunto.

En definitiva, el espacio como contexto y producto de la actividad práctica del hombre enderezada hacia la producción material, representa un momento del proceso de socialización de la naturaleza pero no el único. En este momento de la producción, el más determinante, los factores naturales aparecen como las condiciones originarias del proceso productivo incorporados al complejo de las fuerzas productivas cuyo control se ejerce sobre una dada organización del mismo proceso, representada por el imperio de ciertas relaciones técnicas y sociales de producción. El creciente desarrollo de la división del trabajo lleva implícito una consiguiente diferenciación espacial del proceso productivo que se expresa en la asignación de roles a las diferentes áreas y regiones y, además, refuerza y consagra el proceso de sedimentación humana que da lugar a la formación de asentamientos. El patrón que en cada etapa histórica asume la organización territorial de esos asentamientos constituye uno de los elementos de lo que en adelante designaremos como formación espacial. Y, por tal, debe entenderse la estructura general de los asentamientos humanos dispersos o concentrados, sino también su estructura interna y la de cada uno de sus elementos más característicos: la fábrica, síntesis del conjunto de relaciones sociales propias del modo de producción capitalista; la chacra, síntesis de los rasgos comunes a la explotación mercantil simple; la estancia ganadera, unidad productiva típica del capitalismo agrario; las áreas residenciales, etc.

4.- El espacio y la circulación.

A medida que la división social del trabajo en el espacio se expande y ahonda, se especializa cada vez más la producción material mientras que las necesidades se mantienen más o menos indiferenciadas. El cambio en general y el cambio a través del espacio, en particular, constituye un nexo necesario que vincula a uno y a otro proceso. No obstante, estos dos procesos, producción y cambio, no están determinados autónomamente: constituyen articulaciones de una totalidad, diferenciaciones dentro de la unidad, y poseen un momento espacial cuyo carácter estará determinado por el ca-

rácter de conjunto del modo de producción dominante y, específicamente, por la manera en que éste se redefine en cada lugar y tiempo histórico.

Cuanto mayor sea la profundidad alcanzada por la división social territorial del trabajo, mayor será el número de desplazamientos necesarios y la energía que será necesario aplicar a esos procesos. Aquí reaparece la naturaleza mediatizada y reconstruida como espacio, adaptada a las nuevas necesidades pero actuando de una manera diferente de como aparece en el momento de la producción: el espacio es aquí soporte, pero también lejanía (distancia, obstáculo, fricción).

Si el desarrollo de las fuerzas productivas impulsa la división del trabajo en el seno de la sociedad, favoreciendo la diferenciación espacial de la actividad humana, creando nuevos asentamientos con roles similares o distintos, más o menos alejados unos de otros, el mismo proceso reintegra a este divorcio, a esta segregación, la posibilidad de superarlo, estrechando las distancias e incrementando la capacidad e intensidad de los flujos mediante el auxilio de elementos espaciales calificados para ello: carreteras, vías férreas, aeropuertos, etc.

5.- Los usos del espacio.

En definitiva, el hombre apoyado en ese gran laboratorio que es la tierra ha encontrado las condiciones objetivas y subjetivas para establecer su residencia y desarrollar su actividad transformadora, creando así las bases materiales para la reproducción de su existencia. Una compleja estructura de relaciones sociales ha ido determinando en cada etapa histórica la forma en que ha hecho uso del medio natural y del espacio, en términos amplios, generando ciertos arreglos que aparecían como los más adecuados al desarrollo del proceso productivo y a la vida social en general. Estas formas evidenciables directa o indirectamente, como los asentamientos agrícolas, los bosques artificiales o los campos de labranza, los caminos y puentes, etc. llevan implícito un cierto tipo de uso del espacio, una cierta asignación a porciones del espacio de determinadas actividades. Los usos del espacio se modifican históricamente, aún cuando no sea siempre fácil reconocer esos cambios, para adaptarse a las nuevas modalidades de la producción o el cambio. El progreso social va creando y recreando el espacio, "esa segunda naturaleza que asimila y digiere cada vez más a la otra", al ámbito puramente natural que subyace, aflorando aquí o allá en mayor o menor medida.

El espacio adaptado a las necesidades de la producción y del cambio asume formas y disposiciones distintas pero no pueden ni deben separarse, pues constituyen el reflejo de distintos momentos de la práctica humana en sentido general

y en la práctica productiva en sentido específico.

6.- Los momentos superestructurales.

Si bien es cierto que "es la actividad económica la que vive en un todo de manera más firme las peculiaridades de las condiciones geográficas, el potencial natural y las acumulaciones culturales del pasado y, por ende, la que está más estrechamente ligada al territorio"(5) también es cierto que no es la única actividad a través de la cual se exterioriza la práctica humana. Por sobre la estructura económica de la sociedad, que es su fundamento y razón de ser, se eleva un edificio jurídico y político al que corresponden formas determinadas de la conciencia social: la superestructura de esa sociedad. Ella se constituye en un teatro diferente de la práctica humana en la cual se plantean relaciones de otro y complejo carácter. En ellas el espacio se convierte nuevamente en escenario de las actividades vinculadas al ejercicio del poder, a la administración de un determinado territorio, a la difusión de los mensajes, etc.

En un caso tiene que ver con la génesis de las formaciones económico-sociales y a la correspondiente apropiación de una porción de la superficie terrestre y a la consolidación de un dominio territorial propio, cuyos recursos utiliza en su provecho y defiende por todos los medios posibles, incluidos la diplomacia y la guerra, a los efectos de mantener su usufructo, cuando no, pretendiendo lograr la anexión de otros territorios ocupados a fin de promover la expansión de sus fuerzas productivas.

Con otros atributos, pero siempre uno, el espacio importa en el plano de la administración y de la ejecución de algunas acciones propias del Estado, como la promoción y orientación de la actividad económica, la regulación del abastecimiento y la asignación de recursos escasos, la satisfacción de las necesidades colectivas o la gestión directa de ciertos servicios públicos que, en casi todos los casos, redundan en una descomposición y valorización del espacio a los efectos de una mejor administración y contralor de esas actividades.

Pero el Estado también tiene a su cargo otras actividades como las inherentes al ejercicio de la violencia, que van desde la guerra defensiva o de agresión hasta la represión interna, en las cuales el control y la utilización del espacio adquiere otros rasgos. Aquí también, algunos elementos, por su organización interna, dan cuenta del carácter de la sociedad que los originó y de las relaciones sociales subyacentes: el cuartel, la cárcel, etc. en los que se sintetizan elementos espaciales junto a otros de naturaleza militar, jurídica, política e ideológica.

Participa también el espacio para caracterizar y dar

relieve a la lucha manifiesta de las clases, perdiendo momentáneamente su contenido específico de albergue a la residencia de los individuos o recinto de su actividad productiva o intelectual, para convertirse en teatro de operaciones de enfrentamientos sociales. Pasando a los espacios más vastos que el nacional, se advierte que son objeto, cada vez más, de una organización más compleja, donde la lucha por el control de los recursos naturales del planeta y los reservorios de mano de obra, da lugar al desarrollo de estrategias globales elaboradas en los estados mayores militares y financieros que llevan a la regulación de las relaciones entre las clases sociales, sus distintos segmentos, las instituciones y aún los mismos estados nacionales, con diferentes objetivos: la conquista militar, política, cultural, económica. En este ámbito, la planificación y la organización del espacio reviste caracteres integrales, no estando ausentes los ingredientes ideológicos.

Reencontramos al espacio en nuevos momentos, como sujeto y como condicionante del proceso de elaboración de múltiples formas ideológicas, impresiones, formas de pensar, concepciones filosóficas, religiosas y teorías científicas. Su presencia es clave también en el ejercicio de la comunicación humana que, históricamente, evolucionara desde la emisión de la voz a la distancia hasta los modernos y complejos medios de comunicación de masas que cubren la totalidad del planeta.

No se trata aquí del espacio como condición originaria, como naturaleza transformada para servir al proceso de la producción material, ni tampoco como lugar de paso de los flujos de mercancías y personas, pero sigue asociado a prácticas humanas que le imponen sus propias determinaciones y le exigen una subordinación no siempre lograda; que lo conforman o lo adaptan para sus fines específicos o, incluso, sufre daños o es desarticulado como consecuencia de las necesidades o circunstancias de la guerra.

7.- Formación social y formación espacial.

Cada uno de los diferentes momentos de la práctica humana contribuye a definir rasgos específicos y a aportar elementos espaciales que irán integrándose en estructuras espaciales características. Por lo tanto, las formas, disposiciones y arreglos que el espacio asume en cada etapa histórica deben estudiarse y comprenderse en términos de las condiciones generales que regulan el funcionamiento de una dada sociedad. Es decir, se deberá tomar en consideración, en primer lugar, el carácter del modo de producción dominante dentro de una formación social determinada espacial e históricamente, no importa si la organización espacial de esa sociedad en particular resultara de desarrollos relativamente espontáneos o voluntariamente impuestos desde el exterior. Serán los cambios que se operen en éstos los que irán determi-

nando las nuevas condiciones de utilización y modelado del espacio, el rol de cada uno de los asentamientos, la manera de interconectarse entre sí y, por último, la estructura interna de las diferentes regiones y del sistema nacional en su conjunto.

Dicho de otro modo, debe suponerse que toda formación social, en el curso de su desarrollo desigual y contradictorio entabla con el medio natural en que se halla asentada relaciones complejas que se expresan en estructuras espaciales propias, pero cambiantes. En cada etapa es posible identificar un territorio ocupado efectivamente por esa formación social al que llamaremos dominio territorial de la misma y un dado patrón de usos del espacio que constituye su formación espacial. En este sentido, la formación social y la formación espacial configuran una unidad dialéctica que no hace más que denunciar las condiciones del proceso de humanización de la naturaleza, el modo en que el hombre organiza su colectiva territorialmente y hace uso del espacio en función de los requerimientos de sus diferentes prácticas, sin perjuicio de admitir que aquella vinculada a la producción y reproducción de su existencia material resulta la fundamental y la que sirve para darle a la organización espacial de una sociedad, sus rasgos más prominentes.

En este sentido, el concepto de formación espacial da cuenta de la racionalidad propia de cada modo de producción y del modo cambiante en que se articula con otros en el seno de las formaciones sociales históricas. Y esto es así porque el proceso de producción es, al mismo tiempo, un proceso de reproducción en el cual los diferentes ciclos se eslabonan unos a otros y en donde los sucedientes encuentran en los precedentes las condiciones necesarias para regenerarse. No importa si esta reproducción asume una forma simple o ampliada; baste con saber que el proceso productivo se reitera en el tiempo, continuamente. De no ser así, el espacio no llegaría a ser formación espacial pues tendría una existencia efímera y no el carácter de algo construido.

Pero, además, el proceso productivo es también un proceso de acumulación de bienes materiales que, en gran medida, adquieren la forma de objetos espaciales (viviendas, talleres, canales, vías férreas, etc.). De tal manera la formación espacial adquiere su razón de ser en el proceso de la producción, pues ella misma es en parte, resultado del mismo proceso.

Hay, entonces, una cotidianeidad espacial en la medida en que hay, asimismo, una cotidianeidad productiva que constituye el sustento de la vida social y la condición de su desarrollo o la causa de su estancamiento. En la medida en que la formación espacial es generada en el mismo proceso que la formación social existe una correspondencia básica entre una y otra ya que, por un lado, la primera proporcio-

na las condiciones de reproducción y, por el otro, la sociedad que es su matriz le transfiere sus leyes de funcionamiento, organización y desarrollo, le deja estampadas las evidencias de su historia.

No obstante, su existencia es refleja, ya que representa el continente de un contenido, de una sustancia, la porción de la sociedad humana que le dió origen. En consecuencia, no parece oportuno ni conveniente asimilar el concepto de formación espacial al de estructura regional, formación regional o sistema regional ya que la región es una entidad unitaria, una porción territorial de la sociedad misma y, por lo tanto, forma y contenido a la vez. El análisis de una formación espacial puede llevarse a cualquier nivel de recorte o descomposición del espacio nacional (o aún internacional) regional, subregional o local, y debe asociarse necesariamente a su correspondiente sustancia social.

Respecto de esto último es preciso hacer algunas observaciones adicionales. El concepto de modo de producción es el referencial obligatorio para el estudio de cualquier sociedad en la medida en que éste establece una serie de relaciones básicas que transferirá a la sociedad concreta en la que impera. No obstante, es preciso alterar el nivel de abstracción para tratar de aprehender tanto las relaciones económicas y de clase básicas, como aquellas que operan a nivel de la superestructura, asociándolas a un tiempo y espacio específicos en que aquellas se desplazan.

Tanto la base económica de una sociedad como su superestructura no interactúan en abstracto, sino que se hallan histórica y territorialmente configurando una formación social, producto del desarrollo de un dado modo de producción, pero que también denota las "entretrechadas relaciones de clase según el desarrollo heredado y desigual de las fuerzas productivas". Su estructura interna nos habla tanto de su presente como de las especiales condiciones que consagraron su génesis. En este sentido, siendo el modo de producción la esencia o razón de la historia real o teoría general de la estructura social, la formación social (o económico-social) resulta ser la teoría de la particularidad de esa estructura social y es precisamente en ésta donde se pone de manifiesto lo específico de su organización social y donde resulta perceptible el reflejo espacial de la misma.

Los conceptos de formación social y formación espacial se refieren a realidades distintas; para abordar su estudio es preciso evitar a toda costa caer en las trampas puestas por el determinismo, sea físico o social. Las fuerzas productivas y, por lo tanto, su desarrollo, no resultan de modificaciones autónomas del medio natural, por cuanto éstas llegan a ser lo que son como consecuencia de la transformación y de la utilización de las fuerzas naturales que la so-

ciudad humana lleva a cabo. En contraposición, ésta tampoco consigue nunca desembarazarse de las limitaciones que le impone el medio natural. Todas las áreas de poblamiento humano reflejan, a través de su formación espacial, esta contradicción entre el carácter natural e histórico del hombre, planos de una misma realidad que deben captarse conjuntamente.

Las formaciones espaciales inherentes a formaciones sociales históricamente determinadas entran también en descomposición y se tornan obsoletas como consecuencia de la práctica revolucionaria de las masas que van destrozando las relaciones de producción imperantes, pero algunos de sus elementos pueden o no desaparecer, necesariamente, sino que se deterioran o degradan pudiendo, eventualmente, reintegrarse con el mismo u otro rol a la nueva formación espacial emergente.

Notas.

- (1) K. Marx La Ideología Alemana.
- (2) Idem.
- (3) M. Castells La Cuestión Urbana.
- (4) K. Korsch.
- (5) J. V. Komar.

LA IGLESIA CATOLICA CHILENA: ENTRE EL ESTADO Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES (1)

Sergio Spoerer

1.- Presentación: por qué la Iglesia?

Uno de los fenómenos más visibles observables a partir de las radicales transformaciones sufridas por el Estado y la sociedad chilenas a partir de 1973 es la desaparición casi total de los actores sociales presentes en la escena política durante todo el período del Estado de compromiso (1920-1973). Desde el punto de vista de las organizaciones socio-culturales de significación nacional, la Iglesia Católica es la única que no sólo preserva su libertad de movimientos, sino que se constituye en una suerte de pequeño sistema político en que se expresan demandas sociales, se amparan actividades de defensa ciudadana, se articulan las prácticas de diversos actores sociales atomizados por la reestructuración autoritaria del Estado y la economía y se forman algunas decisiones consensuales que, institucionalmente, la Iglesia negocia con el Estado.

Este doble papel de articulación social y negociación política, junto con dar a la Iglesia una audiencia nacional quizás sin precedentes desde los tiempos de la Independencia, produce en ella considerables tensiones internas tanto a nivel de su jerarquía y clero, como en su base social.

Ampliamente mayoritaria en el país (más de un 85% de los chilenos son bautizados), la Iglesia no escapa ni a su propia crisis interna (falta de sacerdotes y agotamiento de la institución parroquial como base de la Iglesia) ni a las tensiones sociales que se reproducen en su interior, oscilando entre los puntos extremos del integrismo y la secula-

rización; esta contradicción no siendo inédita, su novedad reside más bien en el impacto directamente político que su resolución o equilibrio inestable producirá en el conjunto de la sociedad.

2.- La Iglesia en el proceso histórico chileno.

Una hipótesis será nuestro punto de partida: las particularidades del proceso histórico chileno han creado las condiciones para el establecimiento de un lazo orgánico privilegiado entre la Iglesia y el Estado; lazo orgánico al cual han sido subordinadas las relaciones entre la Iglesia y los movimientos sociales.

La alianza explícita entre la cruz y la espada durante los períodos de la conquista y la colonia españolas ya no necesita ser demostrada; la constitución de una nueva cristiandad en América es ante todo la obtención de un nuevo reino para la Corona de España; el sometimiento de los cuerpos produce más y más rápidamente conversos que la evangelización de las almas.

El movimiento político y militar de la Independencia que se nutre de la ideología del siglo de las luces, contiene necesariamente un fuerte componente laico y racionalista, alimentado de un anticlericalismo que la pertenencia a la masonería de los principales líderes independentistas no haría sino acentuar. Continuadores de esa herencia a lo largo del Siglo XIX, el liberalismo y radicalismo chilenos se harán portadores de las aspiraciones democráticas de los sectores sociales que emergen a la vida política en antagonismo con el Estado oligárquico.

Al gestarse el movimiento obrero -desde fines del siglo XIX-, encuentra lo más avanzado del pensamiento social al interior de esa tradición laica que recoge como propia. Al conformarse el Estado de compromiso a partir de los años 20 se produce una convergencia objetiva entre el movimiento obrero y las capas medias ascendentes que terminan por constituir a partir de 1938 la experiencia del Frente Popular. Este, que mantiene positivas relaciones de carácter institucional con la Iglesia Católica, tiene en su base una suerte de alianza laica que expresa culturalmente el acuerdo político entre los partidos comunista, socialista y radical; en estos dos últimos, la influencia ideológica de la masonería chilena es considerable.

Durante esos años el pensamiento católico sufre las tensiones entre la mantención de su afiliación privilegiada al Partido Conservador (definido como partido confesional católico) y las tendencias corporatistas que, bajo influencia de las experiencias de Italia y España, atraen a los sectores católicos de origen urbano y, principalmente a la juventud. En este cuadro no es difícil comprender la divergencia objetiva que se produce en todo ese período entre el

movimiento popular y el pensamiento cristiano, principalmente católico.

Una nueva situación se produce a partir de la fundación del Partido Demócratacristiano en 1957, y su rápido ascenso hasta conquistar la presidencia de Chile en 1964. El PDC desplaza progresivamente al Partido Radical en la representación política de las capas medias; al mismo tiempo logra una implantación creciente en sectores sociales hasta entonces excluidos de la vida política: el campesinado y el sub-proletariado urbano, formado este último por el acelerado proceso de urbanización de la sociedad chilena desde comienzos de los años 50. Esta implantación en sectores sociales nuevos se hace en contradicción con las expresiones más tradicionales del movimiento popular: el sindicalismo obrero y los partidos comunista y socialista.

Al mismo tiempo, la Iglesia Católica es alcanzada doblemente por las transformaciones estructurales de la sociedad chilena y por las nuevas orientaciones venidas de la encíclica papal "Mater et Magistra" y del concilio Vaticano II. Institucionalmente la Iglesia parece decidida a recoger la herencia de algunas voces proféticas como el Padre Alberto Hurtado o el obispo Manuel Larraín, que desde antiguo reclamaban un mayor compromiso social de la Iglesia junto a los sectores más desfavorecidos de la sociedad.

En 1964, el Episcopado chileno publica la carta pastoral "El deber social y político" que define la posición de la Iglesia en vísperas de la elección presidencial de ese año; en dicha carta, si bien no se condena la posición que representa el candidato del Frente de Acción Popular (FRAP), el socialista Salvador Allende, todo el análisis allí expuesto sobre el proceso de cambio social y sus condiciones políticas, da a entender que la Iglesia hace del programa de la Democracia Cristiana y su candidato Eduardo Frei, su propio proyecto.

Poco más tarde, los énfasis nuevos de su pastoral (campesinos y pobladores) se corresponden perfectamente con la acción del nuevo gobierno demócratacristiano; pero es, sin duda, en las ideas y la práctica de la Promoción Popular que la Iglesia se reconoce de modo privilegiado, destacando allí el papel jugado por Roger Veckemans y su centro de estudios y formación, el DESAL.

Hacia 1967, fruto de las crecientes contradicciones que se expresan al interior de la Democracia Cristiana, la Iglesia parece entrar en un período de repliegue institucional que le permita articular un consenso interno entre las diversas tendencias que se expresan, incluso, a nivel del Episcopado; este consenso institucional se expresará en 1968 en la nueva carta pastoral "Chile, voluntad de ser".

Por su parte, durante todo ese tiempo, las expresiones

políticas del movimiento popular que no han cesado de señalar a la Democracia Cristiana como "la nueva cara de la derecha", desconflan también del "aggiornamiento" de la Iglesia, no viendo en él sino una suerte de maniobra que aspira, simplemente a ampliar la base social del catolicismo tradicional.

En estas condiciones, la polarización creciente que se produce paralelamente en la Iglesia y en la Democracia Cristiana, tiende -desde el punto de vista de su tendencia popular- a darse sus propias expresiones institucionales: en su expresión de Iglesia serán tanto el movimiento "Iglesia Joven" como "Cristianos para el Socialismo", mientras que a nivel político serán primero el MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria) y luego la organización de izquierda cristiana, en canal de incorporación política al movimiento popular de la disidencia demócratacristiana. De uno y otro ejemplo la conclusión parece la misma: más que de la constitución de un nuevo lazo orgánico entre cristianismo y movimiento popular, sólo parece tratarse entonces de una convergencia limitada entre un sector minoritario del catolicismo chileno que vive en proceso de radicalización política y las expresiones orgánicas tradicionales del movimiento popular.

3.- Contradicciones y límites del cristianismo popular.

La sensibilidad que hemos llamado cristianismo popular adquiere sus derechos de ciudadanía al interior de la Iglesia Latinoamericana en la conferencia del CELAM (Consejo Episcopal latinoamericano) realizada en Medellín en 1968. En un primer momento este cristianismo popular se expande principalmente entre las capas medias urbanas, la intelectualidad y los estudiantes; de allí, quizás, el acento puesto durante un primer tiempo, en la creación de espacios alternativos para el encuentro entre católicos (es el caso en Chile de "Iglesia Joven" y "Cristianos por el Socialismo") que adhieren a una nueva visión global de las relaciones entre Cristianos y Sociedad: la Teología de la Liberación. Esto conlleva uno de los datos principales de dicho cristianismo popular durante un primer tiempo: su carácter minoritario.

Esta situación nos parece alterarse rápidamente a partir de un segundo momento marcado por el encuentro de esta sensibilidad popular con el proceso que en otros lugares (2) hemos llamado "reestructuración autoritaria del capitalismo" en América Latina; siendo éste típicamente el caso de Chile a partir de septiembre 1973. Tres son las características propias a esta fase: el desarrollo de la Pastoral de Solidaridad, el auge del Movimiento de las comunidades de base y la revalorización de la religiosidad popular (3).

La pastoral de solidaridad surge como una respuesta de Iglesia a los problemas de carácter social y jurídicos creados por la implementación del Estado de excepción; en Chi-

le, desde octubre 1973, se crea el Comité Eecuménico Pro-Paz, que desarrolla programas de asistencia jurídica a las familias de presos y desaparecidos al mismo tiempo que intenta soluciones de emergencia para los sectores sociales más afectados por la nueva situación económica y política. Surgen así los comedores infantiles, las bolsas de cesantes, los talleres de producción, etc. Pastoral de lo urgente, pastoral de lo inmediatamente imprescindible, la Pastoral de solidaridad asume a menudo, también, una función de "denuncia profética" sobre los más graves atentados a los Derechos Humanos cometidos en el país. En condiciones de extrema debilidad política y orgánica del movimiento popular, la Pastoral de Solidaridad tiende a crear sus propias organizaciones de base, a nivel de parroquias y vicarías, privilegiando las funciones de asistencia que no pocas veces crean marcados lazos de dependencia entre esas nuevas organizaciones y las instituciones de Iglesia. En un segundo momento la Pastoral de Solidaridad amplía su acción hacia sectores sociales más determinados -jóvenes, obreros, campesinos, etc.- creando un trabajo pastoral funcional hacia cada uno de esos sectores; se crea así el departamento campesino de la Vicaría de la Solidaridad (que entre tanto ha reemplazado al ex-comité Pro-Paz, disuelto a petición del gobierno a fines de 1975), la vicaría de Pastoral juvenil y obrera, que tienden a valorar progresivamente la autonomía organizativa de los distintos sectores sociales con que trabajan. Esta tendencia es facilitada por el desarrollo de las comunidades de base que crean formas nuevas institucionales para la vida de la Iglesia.

Las comunidades de base son el fruto de la convergencia de dos fenómenos; por una parte, la jerarquía católica desde los años 60 busca nuevas formas de organización eclesial que le permitan suplir la creciente falta de sacerdotes con que atiende a la población católica. Por otra parte, los sectores sociales católicos, afectados como todo el movimiento popular por la reestructuración autoritaria, buscan formas de reagrupamiento en la base, a partir de las cuales articular las dimensiones de la fé y la política. De ambos fenómenos resultan esas comunidades que ora son llamadas eclesiales, ora cristianas, ora simplemente de base, expresando cada vez, más que un simple sesgo semántico, el rasgo dominante en ellas, eclesial o de organización popular, entendiéndose que uno y otro, con distinta dominante, estarán siempre presente en ellas.

Diversos estudios han señalado la contradicción entre el carácter masivo del catolicismo chileno -siendo la situación idéntica para el conjunto de América Latina- y los bajos niveles de práctica sacramental conforme a la doctrina y al magisterio de la Iglesia. El hecho que define como católica a la población chilena es básicamente el bautismo; a partir de él se desarrollan un conjunto de prácticas y "creencias" que sitúan al catolicismo chileno más bien en el terreno de la religiosidad popular que en el de la doc-

trina eclesial. Las "mandas", el culto animista, las devociones a santuarios, los peregrinajes, expresan una concepción mágica del mundo articulada con fragmentos de rituales católicos, todo revestido de la significación dada por el carácter colectivo de su expresión, metáfora de otra vida posible, para la cual se trata de ganar "los favores del cielo". Integrando todas estas dimensiones, el cristianismo popular tiende a expresar hoy en Chile un "potencial liberador" de alcance masivo que vehiculiza -aunque no siempre de manera explícita- los gérmenes de una crítica radical del orden social vigente en el país.

4.- Algunas notas sobre la situación actual.

La pregunta que cabe hoy es saber si la emergencia y maduración del cristianismo popular durante el período de la reestructuración autoritaria ha creado las condiciones para una ruptura del lazo orgánico, históricamente dominante, entre Iglesia y Estado y su reemplazo por otro nuevo que liga de modo privilegiado catolicismo y movimiento popular. Es aún temprano para una respuesta categórica. Aquí sólo cabe perfilar los elementos heterogéneos presentes en la que, en cualquier hipótesis, aparece como una nueva situación.

A través de dos experiencias políticas tan disímiles como el gobierno de la Unidad Popular y el régimen del general Pinochet, el episcopado chileno y, especialmente, su principal figura, el cardenal arzobispo de Santiago Raúl Silva Henríquez, han mantenido una común actitud de reconocimiento al poder constituido. Las relaciones personales entre el Presidente Allende y el cardenal fueron permanentes y amistosas a imagen de lo que fueron las relaciones entre el gobierno de la Unidad Popular y la Iglesia; en reiteradas ocasiones el Presidente Allende reclamó del cardenal un rol mediador en el conflicto entre gobierno y oposición. La Iglesia, por su parte, a partir de la carta pastoral "Evangélio, política, socialismo", publicada en 1971, se limita a reiterar una posición de principios evitando tomar en cuanto Episcopado una posición tajante frente al conflicto político que vive el país; su intervención será puntual y limitada a aspectos particulares, como es aquella adoptada en 1973 frente al proyecto gubernamental de Escuela Nacional Unificada.

El propio movimiento "Cristianos por el Socialismo" no merece una condenación oficial del Episcopado sino con posterioridad al golpe de Estado de septiembre 1973. Toda la política antes expuesta no impide al Episcopado adoptar una clara actitud frente al mencionado golpe de Estado: "nosotros reconocemos el servicio prestado al país por las Fuerzas Armadas al liberarlo de una dictadura marxista que parecía inevitable y que había de ser irreversible (...) creemos justo reconocer que las Fuerzas Armadas interpretaron el 11 de septiembre 1973, un anhelo mayoritario y al hacerlo apartaron un obstáculo inmenso para la Paz". Esta posi-

ción es más que un simple reconocimiento de hecho del cambio producido: ella implica una justificación moral y política del derrocamiento del gobierno de Salvador Allende. Sin embargo, en la práctica esta posición se acompaña de un conjunto de medidas destinadas a atender los efectos sociales más dramáticos producidos por el nuevo gobierno: es así que se crea el ya referido Comité Pro-Paz y se desarrolla toda la línea de la Pastoral de Solidaridad.

En este ejemplo es posible distinguir varios de los elementos que caracterizan el comportamiento más propiamente político de la Iglesia Chilena; éste no aparece bajo la forma de una "línea" explícitamente formulada, sino bajo la forma de ciertos límites a no sobrepasar. Estos son de dos tipos: por una parte, la decisión de mantener un lazo privilegiado con el poder estatal existente, mientras que por otra se intenta no romper con ningún sector social que reclame de la Iglesia apoyo y protección. Es así que, con sus mediaciones institucionales específicas, se configura el pluralismo social e ideológico de la Iglesia chilena que, en su expresión política, se manifiesta en acuerdos consensuales de su Episcopado que, reafirmando en cada ocasión sus elementos de doctrina, rechaza los "excesos" de uno y otro borde encontrando su punto de equilibrio en una posición de reconciliación nacional que, políticamente, no puede sino adoptar la forma de una solución de centro; de allí las bases objetivas de un dato mayor en la vida de la Iglesia Chilena: la permanencia de la tentación demócratacristiana, que algunos autores han designado como la tentación de neocristiandad.

Nos parece que, en lo esencial, este tipo de comportamiento no ha sufrido modificaciones importantes durante los últimos años. Lo que es efectivo, sin embargo, es que la Iglesia ha considerablemente enriquecido su pluralismo interno, al acrecentar su implantación en los medios populares y particularmente en el mundo obrero. Ello no ha significado un cambio en las orientaciones globales de la Iglesia, pero ha creado dificultades mayores en el proceso de elaboración de su consenso interno, principalmente a nivel de su Episcopado, donde es fácil observar la existencia de diversas sensibilidades, o "alas", que adoptan -al menos a nivel de sus respectivas diócesis- posiciones claramente divergentes sobre aspectos esenciales de la vida nacional.

Para terminar quisiéramos proponer dos conclusiones provisionarias:

1) En la conservación de una relación orgánica entre cristianismo y movimiento popular, es este último que aparece como el factor determinante. Sin embargo, sus limitaciones de hoy: rigidez organizativa, esquematismo ideológico, insuficiencias de su proyecto político, no permiten pensar que, más allá de las convergencias objetivas frente a una situación de crisis, se avance efectivamente hacia la rela-

ción orgánica de que hemos venido hablando.

2) Dada la situación política actual y la coyuntura interna de la propia Iglesia, la tendencia dominante parece ser hacia un nuevo repliegue institucional que preserve su unidad sobre la base de un rol que privilegia su función mediadora frente a los conflictos sociales y a la vida política del país.

Tres fechas principales tienden a afirmar esta última tendencia:

1. En primer lugar, el proceso de institucionalización del régimen militar iniciado con el referendun de septiembre 1980 la instalación en La Moneda del nuevo "Presidente Constitucional". La celebración en esa ocasión del tradicional Te Deum por parte del Cardenal es la expresión de una sensibilidad dominante en la Iglesia que considera terminado el período de emergencia, luego del cual la Iglesia no puede seguir apareciendo en una actitud de oposición al Gobierno y debe por tanto buscar una normalización de sus relaciones con éste. La ausencia de una oposición social y política planteada como alternativa real al actual régimen no hace sino fortalecer estos reflejos de "realismo" por parte de la jerarquía.

2. La mediación Papal frente al diferendo limitrofe entre Argentina y Chile obliga a la Iglesia Chilena a extremar su prudencia en materia de conflictos con el Gobierno. Roma presiona en este sentido. El Episcopado chileno -o cualquier otro- pueden permitirse muchas libertades de discernimiento en materias de su competencia episcopal; pero ninguna que pueda afectar el prestigio personal del Papa y el Vaticano comprometidos en una operación diplomática riesgosa donde el éxito está lejos de haber sido garantizado. El éxito de la mediación papal en la búsqueda de una solución justa que garantice establemente la paz pasa -en las condiciones de Gobierno que son las Argentina y Chile- por el desarrollo de las mejores relaciones entre cada Gobierno y sus episcopados. Nada hay en los recientes comportamientos de la jerarquía que invalide dicha afirmación. Frente a ese imperativo mayor -éxito del Vaticano y Paz- el Episcopado chileno se impone un límite que ni siquiera su "opción principal por los pobres" debe sobrepasar.

3. En los próximos años, seis obispos, incluyendo al Cardenal, llegarán al límite de edad y deberían ser normalmente reemplazados. Esto hace que desde un punto de vista estrictamente interno, institucional, la Iglesia chilena enfrenta un difícil período de transición en que su complejo equilibrio -del cual el cardenal es figura clave- será puesto a prueba. Las presiones externas se multiplicarán sobre los Obispos y sobre Roma. Difícilmente, en estas condiciones y hasta que el equilibrio de un nuevo episcopado se haya constituido, la jerarquía católica intentará innovacio-

nes que puedan ser motivo de conflictos, principalmente con el gobierno.

Estos tres elementos presionan fuertemente para que el Episcopado chileno se desplace hacia una suerte de repliegue sobre sí mismo que le permita mantener un consenso interno frente a una difícil situación exterior. No sería ésta la primera vez que ello ocurra en la historia de la Iglesia chilena. Sin embargo, hay más que nunca antes, son considerables los laicos, agentes de pastoral, sacerdotes y obispos que parecen dispuestos a enfrentar todas las consecuencias que derivan de la "opción principal por los pobres" a la que no están dispuestos a renunciar. Para los cristianos ello implica fidelidad y coraje, paciencia y perseverancia. No es menos cierto, sin embargo, que esta situación indica tensión para el propio movimiento popular. Desafío a su sabiduría y a su capacidad de enraizarse profunda y extensamente en las dimensiones culturales e ideológicas de la realidad en que actúa. Desafío "intelectual y moral" para el que parece llegada la imprescindible hora de las germinaciones.

Notas:

- (1) Una primera versión de este trabajo fue presentada a la jornada de estudios "Chile en los 80: el nuevo escenario" organizada por la AFSSAC. París, Mayo 1981.
- (2) "América Latina, los desafíos del tiempo fecundo" Siglo XXI, Méjico, 1980.
- (3) Aquí sólo haremos un breve resumen de estas características. Para un análisis más detallado remitimos a nuestro artículo "Cristianismo popular en América Latina", revista AMERIQUE LATINE No.4, Dic. 1980, París. Publicado también en castellano en Araucaria No.14, 1981.